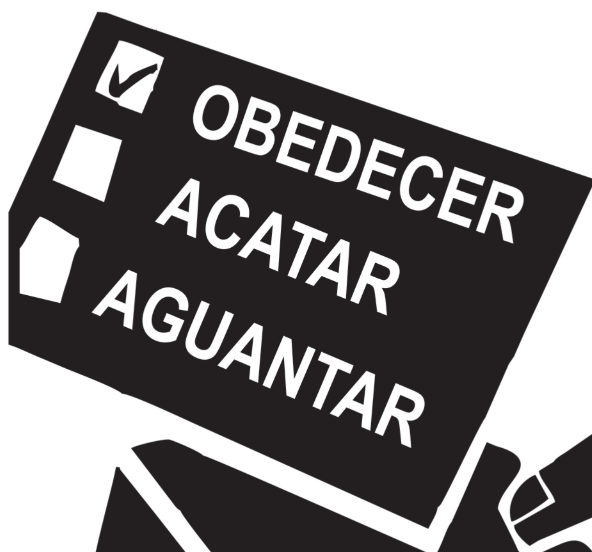
EL AVISPERO nº10

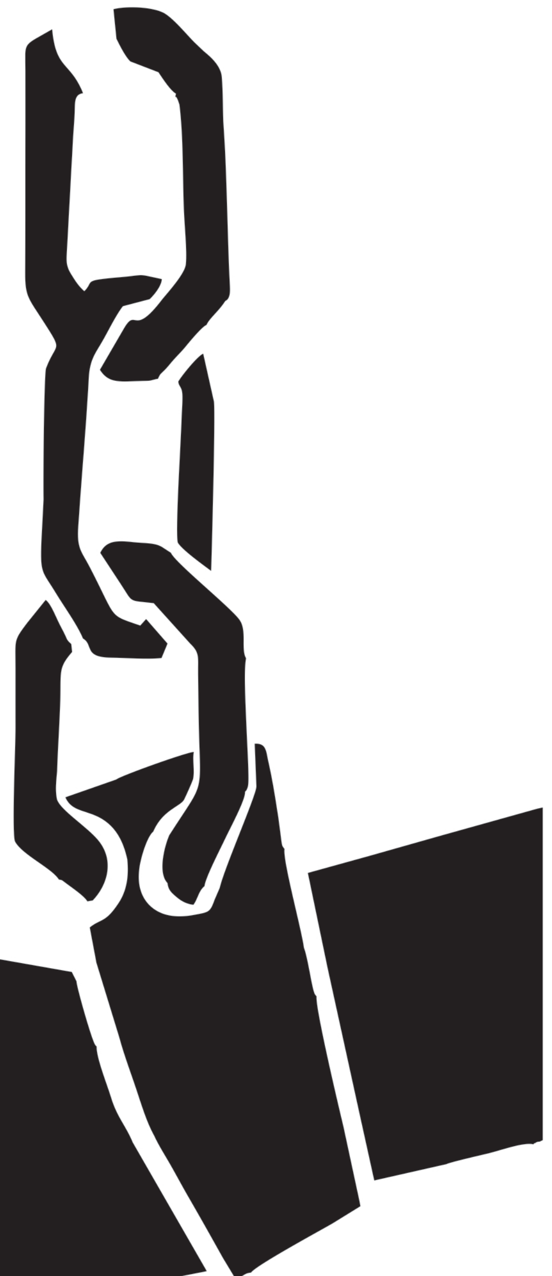
BOLETÍN DE AGITACIÓN MENTAL



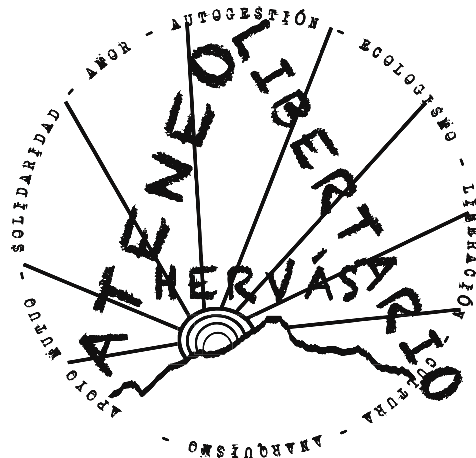

Otoño-2015

Si el hombre no es capaz de gobernarse a sí mismo
¿Cómo puede gobernar a los demás?
y si sabe gobernarse,
¿Para qué necesita que lo gobiernen?









Sumario

Editorial..**3**

ARTÍCULOS Y ESCRITOS

Historia de la Democracia..**4**
Falacias de la Democracia....................................**10**
¿Qué es el Estado?..**13**
Bakunin, elecciones y Democracia........................**18**
El mito del sufragio..**21**
Necesitamos al Estado..**23**
La insumisión electoral...**24**
¿Por qué practicar la insumisión electoral?.........**26**
Las ilusiones necesarias..**27**
Otra vez..**27**



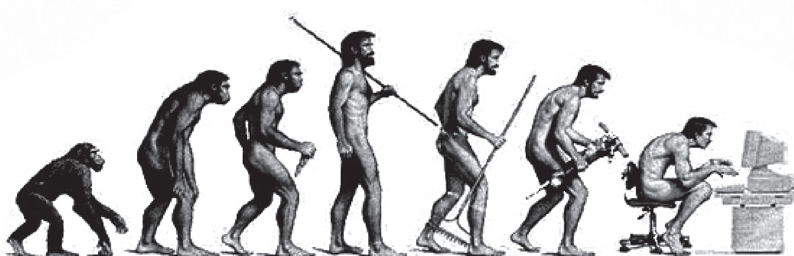
El Ateneo Libertario de Hervás aclara que no tenemos por qué estar de acuerdo con las ideas o posturas que se puedan reflejar en los textos de las colaboraciones.

Edita y distribuye:
Ateneo Libertario de Hervás

Contacto:
aldhervas@yahoo.es
http://aldhervas.blogspot.com

Anarquismo y contra-información en internet

www.alasbarricadas.org
www.portaloaca.com
www.regeneracionlibertaria.com
www.puntodefuga.org
www.hommodolars.org
lecturasparalalibertad.blogspot.com
culturayanarquismo.blogspot.com
www.ateneoalmargen.org
ateneolibertariokamocholibre.blogspot.com
http://tokata.info
www.lahaine.org





Editorial

Hacía mucho que no sacábamos una publicación.... pero con motivo de este gran evento que son las elecciones, hemos decidido hacerlo. Razones no faltan, aunque a veces lo que sí que brilla por su ausencia son las ganas de llevarlo a cabo. Ganas ya nos han llegado, y muchas, al sentir este tufillo embriagador democrático con el que embelesan a la población -sabéis el olor al que nos referimos-.

¿Cuántos años, décadas, siglos.... con el mismo tufillo? Por esta razón hemos hecho un repaso histórico a varios de los textos e ideólogos que dejaron plasmadas sus ideas en el ámbito de la democracia, el estado, las elecciones, el parlamentarismo.... incluyendo algunos en esta publicación. Volviendo a releer estos antiguos -y no tan antiguos- textos nos damos cuenta de que a pesar de haber pasado más de 100 años -de algunos de los escritos- y teniendo en cuenta ciertas particularidades de la época, siguen totalmente vigentes hoy en día, en cuanto a la realidad que vivimos, a la crítica que conllevan y al valor pedagógico que contienen, aun hoy más que aceptable.



Hemos resumido la "Historia de la democracia", trabajo difícil este, y al hacerlo nos hemos dado cuenta de las "Falacias de la Democracia" no sin además percatarnos de "Qué es el Estado" para pasar a revisar a uno de los *históricos* "Bakunin, elecciones y Democracia" y con todo esto sacar a la luz la inexorable verdad de "El mito del sufragio" de otro de los *clásicos*. Aun con todo, seguirá habiendo gente que piense que "Necesitamos al Estado" pero para eso estamos aquí, para recordarles que "Otra vez" van a ser engañados y que como seres humanas que han sido adoctrinadas y domesticadas se aferran a las "Ilusiones necesarias". Mientras, nosotras nos sumamos a "La insumisión electoral" porque no creemos ni legitimamos este sistema y vemos necesario llevar a cabo el descenso electoral, como forma práctica de negar la connivencia con la monarquía parlamentaria en la cual vivimos, explicando entre otras cosas "Por qué practicar la insumisión electoral".

Como bien se menciona en esta publicación "La historia no es lineal, es más bien cíclica" por lo que volvemos a vivir, o seguimos viviendo, en un sistema basado en el egoísmo de unas cuantas y construido por y para el beneplácito de unas pocas.

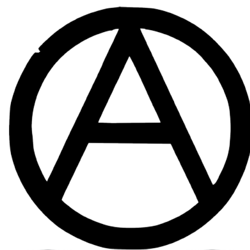
Vivimos en una paradoja, ya que al mirar atrás vemos el presente y desgraciadamente -ojalá que no- también el futuro.... Esto nos hace darnos cuenta, ser conscientes, de que muchísimos años después seguimos viviendo sometidas y adoctrinadas. Las anarquistas llevamos mucho tiempo denunciando esta situación pero cada vez se hace más difícil cambiarla, al haber conseguido el Estado introducirse en nosotras...

Es tiempo de reflexión, de intentar entender el mundo que nos rodea, tiempo de sacar de nosotras lo mejor que tengamos. Tiempos, al fin y al cabo, de luchar por la libertad... De pararnos a pensar que si desde hace mas de un siglo lo estamos intentado y no conseguimos convencer... es que... quizás algo falla...

La era actual nos ha conducido a un abismo distópico, casi sin retorno, pero no lo suficiente -al menos de momento- como para sentarnos y tirar la toalla. Somos conscientes de que la empresa que nos espera es muy ardua pero... No por ello imposible.

En una sociedad en la que es común el exilio cotidiano de una misma para mantener la cordura, el exilio de nuestras ideas y valores, de nuestra sensibilidad, la anarquía es nuestro refugio, nuestro bosque, pero además, un lugar real y alcanzable. Sólo hay que calzarse las botas y ponerse en marcha.

Así que aquí os dejamos estos textos para que releáis, repenséis y saquéis conclusiones acerca de cómo podríamos conseguir el noble fin de acabar con *"la explotación del hombre por el hombre"* desde perspectivas, por descontado, no parlamentarias.







Historia de la democracia

La democracia se justifica en unos principios, que no por mil veces repetirlo, se convierten en verdad. La idea inculcada de la bondad de este régimen en el pensamiento de la población nos sitúa ante la enorme dificultad del cambio, nadie se plantea hoy en día otras formas organizativas, ni tan siquiera otras formas de vivir.

A nosotras, hijos/as de la democracia, nos han dicho que éste es el mejor de los regímenes; nuestros padres y abuelas vivieron bajo un sistema donde la coacción y la represión eran más directas, y ahora, que las formas se han suavizado, estamos obligados a aceptarlo desde nuestro nacimiento. ¿Por qué nosotras vamos a ser una generación más empobrecida que las anteriores sin una guerra de por medio?

La libre asociación, en la que dice fundamentarse, no es tal, ya que desde que nacemos estamos obligados a pertenecer a este régimen, sin posibilidad de elegir otra forma de vida. No nos asociamos libremente con las instituciones de enseñanza, porque es ilegal aprender de otras formas; no nos asociamos libremente al trabajo, porque no controlamos lo que producimos, ni cómo, ni para qué; ni consensuamos horarios, ni tenemos capacidad de organizarnos con las compañeras. Siempre nos han dicho que el voto es libre cuando en realidad es una elección limitada porque la conciencia no es libre. Está supeditada a la propaganda y a la cultura del régimen imperante, defendida por los grupos de poder. Niega la libertad, reduciéndola a elegir entre un sí o un no, o entre un partido u otro, negando la posibilidad de desarrollar otras propuestas de convivencia.

En democracia, dejamos nuestros intereses, la satisfacción de nuestras necesidades y la organización de las relaciones humanas y de la vida, en manos de otros/as.

El fundamentalismo democrático no sólo se impone dentro de los territorios que domina. Ya que el capitalismo necesita expandirse para perdurar, lo consigue imponiendo la democracia, que es el mejor caldo de cultivo para su desarrollo. Impone un modelo de vida por la fuerza, demonizando culturas y modos para encontrar la aprobación de la población cuando se emprenden campañas bélicas contra esos lugares.

[¿Por qué nosotras vamos a ser una generación más empobrecida que las anteriores sin una guerra de por medio?]

En el momento histórico que nos encontramos, los/as dirigentes políticas, no tienen intereses contrapuestos, ya que todos/as deben favorecer la estructura del Estado en la que el



capital se desarrolla. Siendo muy frecuente la relación directa entre clase política y clase empresarial.
Por todo lo expuesto, concluimos que la democracia no es el gobierno del pueblo, sino el baile de máscaras tras el que se esconde la dictadura del capital.
La democracia que nosotras/os sufrimos, no tiene tanto que ver con la imagen idílica de la Grecia antigua, en la que tan sólo un 5% de la población gozaba del estatus de "ciudadano, libre y propietario". La democracia que ahora padecemos es fruto de una evolución histórica concreta, que se inicia con la creación del Estado Moderno el cual nace en un momento, un espacio y unos paradigmas ideológicos determinados. Aparecen de la mano de corrientes filosóficas y de pensamiento que justificarán y legitimarán ante el común de la población esta nueva forma de organización social que era el Estado. Así tenemos a Hobbes y a Locke, elaborando la teoría del Contrato Social, escandalosamente vigente aún. Con todo esto, se expone que el Estado es el remedio artificial para solucionar los conflictos naturales inherentes a la convivencialidad humana (las supuestas tendencias perniciosas para la comunidad) (¿Os suena lo de que "el hombre es un lobo para el hombre"?). Todo esto no es casualidad..
Se impone por lo tanto una organización vertical. Aparece ligado al Estado-nación, a la división de poderes como garantía y a una retahíla de derechos y obligaciones inalienables. Su forma democrática implica el nacimiento de la ciudadanía; los individuos, dejan de serlo y pasan a formar parte de una realidad superior: el Estado, que proporcionaría seguridad a cambio de neutralizar también las supuestas tendencias naturales perjudiciales para el resto del común.
De este supuesto, queremos lanzar tres cuestiones a reflexionar: la primera, ¿qué es y que no es pernicioso para la colectividad? la segunda ¿qué medidas se utilizan para neutralizar estas tendencias perniciosas? y la tercera, estos derechos que manan de una autoridad superior a unos mismo, ¿se tienen sólo cuando la autoridad los reconoce y le da la gana concederlos?.
Otra cuestión que marca diferencias es que el estado, ya no está sólo contra y sobre los individuos, sino también dentro de éstos. Su poder es pues, más sútil; menos visible y por lo tanto más peligroso. El estado no es una estructura ajena a nosotros/as; no es un ente abstracto. Es por lo tanto una estructura tangible, no sólo en referencia a sus condiciones materiales o sus instituciones políticas, sino que es una realidad que pretende abarcarlo todo. Es una realidad totalitaria en el sentido más crudo y literal del término. Ser conscientes de ello es el primer paso para desafiar al Estado en todas sus formas y en cada momento; desmontarlo, destruirlo...Atrevernos a imaginar otras formas de vivir y de luchar contra esta realidad que nos aplasta.

RECORRIDO HISTÓRICO DE LA DEMOCRCIA

Democracia es un término demasiado vago y general cuyo significado muchas veces depende tan sólo de lo que haya comido la boca que lo pronuncia a fin de mes (si es que ha comido). Paraíso para algunos/as, anhelo de muchos/as, infierno para muchos/as más; lo que sí parece claro es que la democracia es una forma de gobierno, y además una manera en la que se articula el Estado.

Otra cuestión que marca diferencias es que el estado, ya no está sólo contra y sobre los individuos, sino también dentro de éstos. Su poder es pues, más sútil; menos visible y por lo tanto más peligroso.

1- SURGIMIENTO DE LA DEMOCRACIA: LA ANTIGUA GRECIA.

Surgida por primera vez en el siglo V a.C en la región griega del Ática. Tras la caída de la monarquía por causas no muy claras y tras una rebelión popular, se iba a imponer una nueva forma de regulación y gobierno en la sociedad ateniense. Iba a ser un régimen nacido por y para hombres nativos, libres y con propiedades. Esta forma de gobierno está basada en arcaícas tradiciones comunales y en reformas de las instituciones existentes (ampliando competencias de algunos organismos y limitando los de otros). Aparecen así las magistraturas, que serían rotativas; se le da más importancia a la asamblea comunal, aumenta el número de gobernantes, se limitan sus competencias y la duración de su mandato. Se limita su poder con observadores y jueces para tratar de reducir las arbitrariedades. Esta idea, se mantiene hoy en día aunque bastante más degenerada.
Antes de seguir, vemos importante una aclaración en cuanto al origen etimológico. Rompiendo algunos mitos y falsificaciones históricas, señalamos, que la palabra democracia no proviene de dos palabras (demos que supuestamente significaría "pueblo" y Cracia, que supuestamente significaría "poder", dando lugar al concepto de "poder del pueblo"). Bien, pues la realidad es que la palabra democracia provendría de tres palabras: demiurgos (o artesanos), geomoros (o campesinos) y cratos (o Estado); esto es en griego arcaíco que el

---

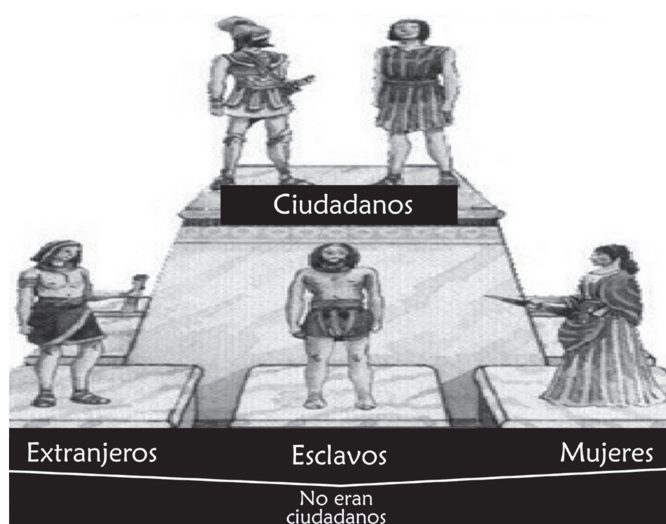
1.- La teoría sobre el origen etimológico de la palabra democracia ha traído disputas entre historiadores. Nos pareció importante exponer esta nueva versión tan silenciada, del origen de la palabra, aún siendo conscientes de que no todos los historiadores latinos la aprueben. Suponemos que diferencias de intereses motivan esta variedad de análisis. En cualquier caso, es un dato más. Nuestra crítica al sistema democrático no necesitaría revisar el origen etimológico.



signficado no era por lo tanto “poder”, aunque lo adquiera por razones políticas más adelante. De la fusión de las dos primeras (demiurgos y geomoros) surgirá demos, que aparecerá ya en época clásica. Con las palabras artesano y campesino, se formará la palabra pueblo, para justificar el nuevo aparato estatal y refrendar el orden social impuesto. Claramente el pueblo, son los artesanos, comerciantes y campesinos y para ellos está hecho el nuevo régimen. Quienes no formen parte de estas clases, no serán parte del pueblo. Resumiendo “democracia” no significó el “poder del pueblo”, sino “el Estado de los artesanos y los campesinos”. [1]
Estos dos estamentos, se rebelarían contra la monarquía ática hacia finales del siglo V a.C. Valga hacer la aclaración que la sociedad ateniense, en el momento inmediatamente anterior a la instauración de la democracia, estaba compuesta por tres estamentos: *Eupátridas*, en la cima de la pirámide, compuesta por nobleza y de donde salían los monarcas; Los *demiurgos*, que eran los artesanos, pero no unos cualquiera, eran los propietarios de los talleres y maestros, es decir, personas que disponían de esclavos y asalariados/as para dirigir la producción y el comercio al servicio de los eupátridas. Finalmente, los *geomoros*: campesinos propietarios de tierras y de esclavos/as. Estos eran los estamentos de entre los hombres libres (a su vez subdivididos según rango, riqueza y posición social). Despúes de estos tres, seguirían los metecos: hombres libres hijos de padre ateniense y madre extranjera (que solían ser los asalariados o los ayudantes de demiurgos y geomoros). Y más abajo aún, los esclavos. A parte, estaban las mujeres, que no sólo no gozaban de la condición de “ciudadanos”, si no que no alcanzaban la categoría de “personas”. (dibujo de pirámide social)
Y es pues con estas características y en este contexto, que surge la democracia. Al principio, de una forma más tosca y casi un siglo despúes de su nacimiento, Pericles la perfeccionará, surgiendo un nuevo tipo de régimen: la tiranía: primera forma estatal dictatorial de la historia.
El funcionamiento democrático, sería relativamente sencillo. Los atenienses mayores de edad (hombres libres con propiedades), se reunían en el Ágora en representación de sus familias (mujeres, hijos y esclavos). Allí, elegían un número limitado de magistrados por un periodo de dos años. En las asambleas relativamente periódicas, los propietarios, delineaban las líneas generales de la dirección de la polis y la política de la ciudad y los gobernantes se encargaban de ponerlas en práctica, con un margen de maniobra bastante amplio, pero ciñéndose a lo decidido en las asambleas. Claro que las intrigas, conspiraciones y manipulaciones precedian en bastantes siglos a la democracia, con lo que siempre podía aplicarse alguno de estos corrientes métodos políticos para justificar lo que fuera.
Es importante remarcar, que las magistraturas y demás cargos, anuales o bianuales, eran cargos no remunerados, con lo cual ¿quién podía permitirse desatender sus negocios durante uno o dos años para cumplir con la patria sin arruinarse?
Este “paraíso” social construido sobre la sangre de esclavos y mujeres, quedaría sólo reducido para la hermosa ciudad de Atenas. Ciudad, que en el 435 a.c. era la más grande del mundo conocido, con más de 100.000 habitantes. Fuera de Atenas, sólo quedaba el vasallaje, siendo un imperio tanto comercial como militar, que sometió a sus vecinos y demás imperios regionales (tanto en el sur a los Espartanos, como en el Este a los persas). Atenas llegó desde Turquía a Girona a lo ancho y desde Túnez a Eslovenia a lo alto.
En estas condiciones se fue dando un paulatino incremento de la autoridad, derivando en sucesivas tiranías o formas estatales dictatoriales justificadas políticamente y dentro de unos márgenes jurídicos y políticos. A diferencia de otros imperios autoritarios como el egipcio que se justificaba mediante la religión y con un poder ilimitado. Entre esas formas tiránicas, derivarán en imperios puros y duros como el de Alejandro Magno, cuyos sucesores harían sucumbir el esplendor griego a manos de unos vecinos mediterráneos más al Oeste con la espada más larga: Roma, quien también inicia su glamour histórico con una democracia a imitación de la griega (aunque aún más autoritaria y corrupta y que ya se sabe que se les iría un poquito de las manos).

2-EL DISPARATE CONTINUA: DE LA EDAD MEDIA A LA REVOLUCIÓN INGLESA

Como la historia no es lineal, sino aparentemente cíclica, nos encontramos con que la epopeya democrática sufrirá dos grandes reveses que virarán su nave hacia puertos más dictatoriales.
La primera degradación que sufrió fue con Pericles, cuyo golpe de gracia sería dado después por un tal Alejandro, con un espíritu tan viajero y conquistador como déspota. Con la democracia en los camposantos de la política, unos amigos latinos con una república que bien se podría considerar democrática, iban a aparecer en la escena mediterránea conquistando parte de los territorios de este buen mozo (Alejandro), que viviría rápido y moriría joven. Una poderosa república romana, que se extendería militarmente mucho más allá de lo que Atenas hizo nunca, se reservaba la democracia para ella sola, imponiendo gobernadores en los diferentes territo-



Piramide Social, antigua Grecia



rios pero respetando sus formas de gobierno. Esta república, unos siglos después, viraría hacia la forma de imperio, siendo tan duradero su legado, que una vez derrumbado a manos de la decadencia y las tribus bárbaras, se descompondría en un mosaíco de reinos despóticos, regidos por una mezcolanza entre derecho romano y derecho consuetudinario germánico.
Gran regresión desde el punto de vista democrático que no tendrá despegue ya hasta siglos despúes de tumbada la República romana, última democracia formal de la Antigüedad, concretamente, quince siglos después, en el s. XIV d.C, con la aparición de varias ciudades estado al norte de Italia, fruto del comercio y la descomposición por guerras y demás perrerías de reinos más grandes. En ellas, una incipiente burguesía comercial, heredera salvando las distancias de aquéllos demiurgos y geomoros de más de 1500 años antes, instauraría un nuevo régimen inspirado en las formas de concejos comunales de la tradición medieval y sobretodo de la más poderosa razón de Estado.



Oliver Cromwell (1599-1658)

Nuevas formas de democracia, basadas en el mérito y el dinero se iban imponiendo en unas ciudades en cuyo gobierno se instauraba una asamblea comunal con representación de potentados electos que tomaban las decisiones en nombre del pueblo (ya nos vamos acercando más al presente).
El primer Parlamento merecedor de tal nombre y la primera república moderna de la historia, surgiría tras un baño de sangre que acabaría en guerra cívil. Será en el Reino Unido de la Gran Bretaña (sin Irlanda del Norte aún). Llevan a su rey Jorge a las mazmorras mientras un fanático *gentelman* puritano, impondría la primera y única república inglesa en 1649. La República de Cromwell. Tras un año de guerra civil, se cepilla tanto a los monárquicos como a otras facciones políticas que podrían denominarse "protocomunistas".
Primera democracia Parlamentaria de la historia, instauraría un sistema de elección censitaria para elegir los ciento y pico diputados de la Cámara de los comunes, que a su vez elegirían al gobierno y éste al presidente. Inspiración e inmediato precedente histórico de la Revolución Francesa, dando así la burguesía , cercana al Poder, pero apartada formalmente de él, un puñetazo sobre la mesa para reivindicar su papel dentro del Estado.
Cuatro años exactos les duró la tontería, porque Cromwell da un golpe de Estado para nombrarse alto protector de Inglaterra. Sucediéndose seis años de dictadura en la que acumuló todos los poderes.
El islote inglés, volvió por sus fueros a una restauración democrática. Y Holanda impondría una dinastía a la vieja usanza: "porque yo lo valgo y mi marina golpea más fuerte" .El nuevo rey de los Orange, pone fin a la aventura democrática y pone la vista en una islita que tenía a su oeste. Se sabe que a los irlandeses no les hizo mucha gracia como acabó todo. Quien quiera saber más sobre la dinastía y la orden de los Orange, que pregunte en Derry.
Curioso nos resulta ver como hay procesos que se repiten una y otra vez en la historia y como las clases medias siempre le hacen el trabajo sucio a las clases altas para luego reclamar su parte. Parte reclamada en forma de democracia, para que acaben gobernando los comerciantes en lugar de los militares. La clase media es siempre tan altruista...
Complicándose la cosa, ya que tras la restauración en Inglaterra, cientos de republicanos fueron exiliados a América; donde curiosamente 100 añitos despúes se sigue el ejemplo de su hermana mayor y se instaura una democracia muy similar. Copiaron la filosofía, fundamentalmente porque eran los nietos de los mismos que quisieron instaurarla en Inglaterra.

3- EL DISPARATE SE CONSOLIDA: DE LOS JÓVENES E.E.U.U A LA REVOLUCIÓN FRANCESA

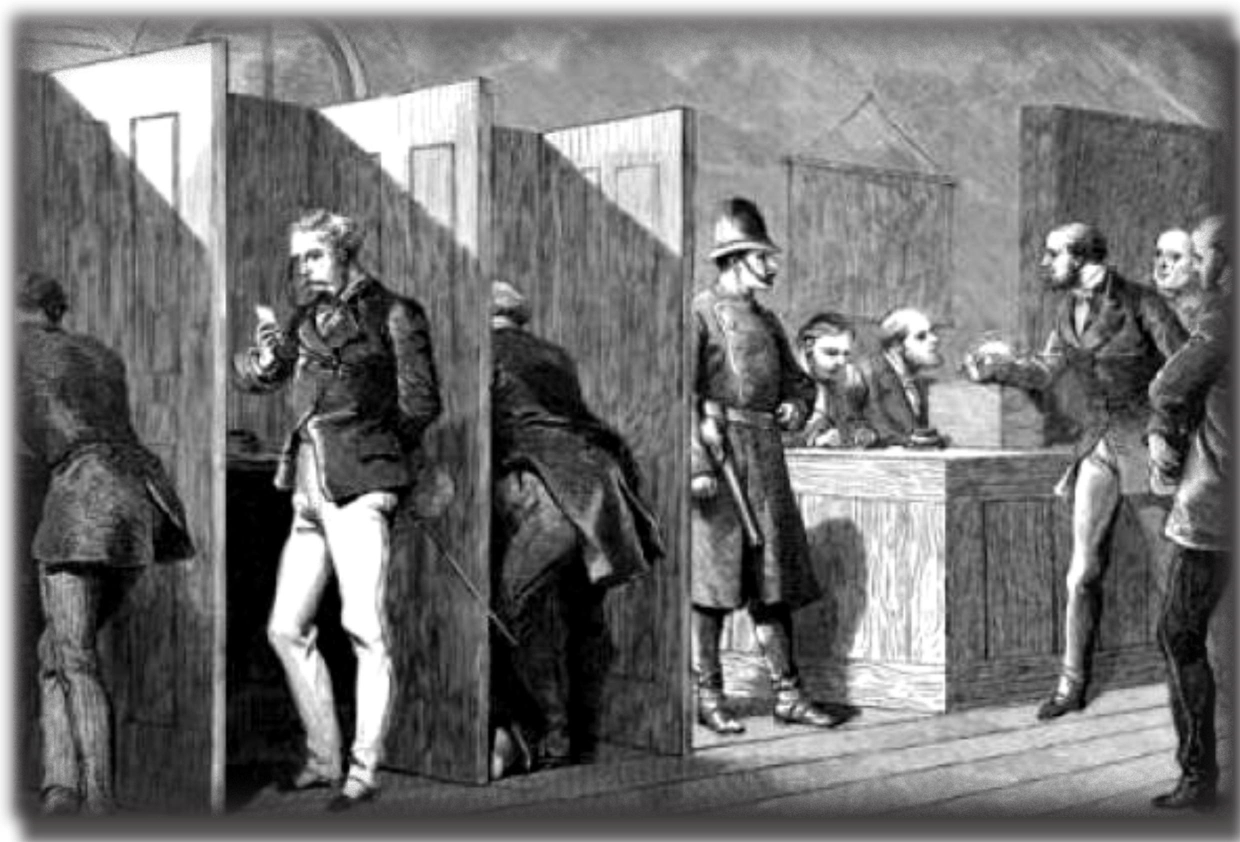
Las recién nacidas ideas de liberalismo político, derivadas del protestantismo más "light" inglés (republicano, socializante y receloso de la autoridad estatal), encontraban plena receptividad en las 13 colonias, ya que eran los colonos quienes decidían y gestionaban sus comunidades, eso sí, rindiendo fiel vasallaje y pagando pulcramente todos los tributos, a la Corona inglesa. Se abrazan pues, las primeras líneas teóricas del liberalismo, antiestatal aunque defensores de la propiedad privada.
Cansados de más de un siglo de rendirle tributos a la Metrópoli británica, las trece colonias, lideradas por ricos terratenientes de ideas descabelladas, (recelosos del gobierno,



odiaban la monarquía pero defendían la propiedad privada fruto del esfuerzo individual y la libertad de comercio), se rebelaron; y las colonias, se convirtieron en estados, unidos de manera federal; declaran su independencia y se articula la primera democracia moderna de la historia. Una república presidencialista con forma de federación.
Una especie de democracia directa censitaria que acabó degenerando en un sistema de representación. En un principio, se elegían listas abiertas de diputados y senadores de entre los hombres mayores de edad, blancos y propietarios, para ser votados por un censo electoral de idénticos requisitos.
La República era presidencialista, y aunque el margen de maniobra para los de abajo era amplio, el poder, aunque disperso en varias instituciones, también lo era .La clase media de granjeros propietarios y comerciantes, volvía a gobernar.
E.E.U.U abrió boca y fue seguido por otro gran baño de sangre, inspirado también en el liberalismo y en las teorías del contrato social; versión europea continental. En Francia se da lo que se ha mal conocido como "Revolución Francesa". La burguesía desbancaba a la nobleza, en un proceso que duraría un siglo (la regeneración del estado, a veces sin el consentimiento de los gestores del aparato y otras maquinado totalmente por estos).
Y despúes de haber muerto mucha gente y haber pasado por varios modelos de democracia y tipos de estado (de la monarquía parlamentaria girondina a la república del terror jacobina), entronaron la idealización que se tiene de la democracia. Desemboca en un gobierno elegido por sufragio censitario masculino (aunque en alguna época fue universal masculino, todo hay que decirlo), en dónde cortaba el bacalao la clase media de comerciantes e industriales (que desde hacía medio siglo estaban ya dejando de ser artesanos), que reclamaban el haberle hecho durante años el trabajo sucio a la nobleza. La aventura termina con el golpe de Estado de Napoleón y otro nuevo imperio.
Aunque la historia va y viene, hay una lectura más o menos clara que se repite en el proceso democratizador: el Estado no da más de sí y las clases medias toman el relevo para instaurar el gobierno total de la economía. Si algo distingue a la democracia de otras formas de gobierno, es que trata de abarcar, sobretodo la liberal, todas y cada una de las facetas de la vida; tiende a regularlo todo, a legislarlo todo y toma patrones economicistas para hacerlo. De esta manera, la democracia posibilita el capitalismo y éste puede hacerse autónomo siendo esto un factor clave más. Cuando este surge como un "simple" método de producción a gran escala, creado por y al servicio del Estado y sus exigencias militares.

4- EL DISPARATE TRIUNFA: DE LAS DEMOCRACIAS LIBERALES A LA ACTUALIDAD.

Durante El s.XIX asistimos al imparable ascenso de la burguesía comercial y su economía capitalista: de un simple modo de producir a gran escala y al servicio del estado inglés y su militarismo, el capitalismo, pasó a ser un sistema de producción y reproducción de mercancías y relaciones sociales mercantilizadas impulsado por la burguesía.
Las noblezas de los reinos europeos, en especial los del este europeo, tienen que ceder al impulso del progreso y de dos oleadas revolucionarias llevadas a cabo por el pueblo (aunque





dirigidas como casi siempre por la burguesía) en el nombre de un nacionalismo patriotero, del libre mercado y de la democracia.
La combinación es perfecta: será el momento que se conoce como el siglo de las "Revoluciones Liberales". Pocas veces sucedió que las masas amotinadas corrieran a tiros a los reyes sátiros; sin embargo, lo que sí ocurrió, es que una vez en el poder político, el liberalismo impone a sangre y fuego, su economía, su modelo político y su nueva forma de vida, que por primera vez en la historia de la humanidad, será totalitaria, porque hará lo imposible por hacerse extensivas a todas las capas de la sociedad. Se diseña el nuevo proyecto de dominación; surge el estado contemporáneo, liberal-burgués y democrático que se homogeinizará ahogando en sufrimiento culturas, lenguas , formas de vida, ETC...

Si algo distingue a la democracia de otras formas de gobierno, es que trata de abarcar, sobretodo la liberal, todas y cada una de las facetas de la vida; tiende a regularlo todo, a legislarlo todo y toma patrones economicistas para hacerlo.

El Estado se centraliza, basándose en una imposición cultural, lingüística, religiosa y económica sin precedentes. El nuevo modelo es la Francia del s XIX: un Estado-nación centralizado, un poder político democrático y burgués, una economía de libre mercado (cuando es posible), una cultura, la de la burguesía parisina, unos valores, los de la competitividad y la propiedad privada, que pasa a ser sagrada. Un sistema educativo, que impone una sola lengua (aniquilador de decenas de otras como el corso, el euskera, el bretón, el occitano, el marsellés, el catalán, etc...)
El caso de España es curioso. Con pronunciamientos, tres guerras cíviles, levantamientos coloniales, dos guerras carlistas y otra cantonalista, un idioma que se impone .Un dato revelador: en cien años, el estado liberal tiene una cuarta parte de los muertos que tuvo la Inquisición en quinientos años. Algo similar sucedería en Italia con la unificación vía masacre de Garibaldi y la imposición del capitalismo industrial, la democracia parlamentaria y el toscano florentino como lengua oficial.
Esto es un resumen de lo que trajo la democracia parlamentaria y su hermanito el capitalismo : decenas de miles de muertos, usos y costumbres arrasadas, concejos municipales desarticulados, tierras comunales alambradas, parceladas y privatizadas, medio ambiente arrasado por la industrialización. Como dato, sólo en el S.XVII, cuando el capitalismo surge, Felipe II, atendiendo a las necesidades bélicas, hace deforestar media provincia de la actual Zaragoza, provocando la aberración del conocido Desierto de los Monegros (tan conocida por la moderna juventud festivalera); fue para construir una armada "invencible", incapaz de cruzar un canal un día de mucha lluvia.
Llegamos al siglo XX, en el que la democracia se extiende y se globaliza, siendo también el siglo en que más aumentan las desigualdades sociales en toda la historia.
Dos guerras mundiales, por intereses comerciales y ambición política, acaban de rematar nuestra desgracia y apuntalan el orden mundial que hoy conocemos. Tras la segunda guerra mundial, se diseña un sistema perverso basado en el falso enfrentamiento ideológico político entre dos irreconciliables enemigos que en el fondo no eran más que competidores económicos. Eso sí, ambos se definen como democráticos (unos parlamentarios y otros populares) y ambos son capitalistas (unos de libre mercado y otros de estado). Pero este orden duró lo que duró y a finales del siglo SXX, uno de los bloques (todos/as sabemos cual), se derrumbó; perdió la competi. El paradigma liberal democrático había triunfado pese a su pequeño contratiempo socialista. Unos/as aniquilados/as, otros/as aniquilados/as tras ser traicionados/as...todos/as fueron derrotados por la autoridad.
Uno por uno, los sueños de libertad de miles de individuos se fueron al traste. Suponemos que son las irremediables consecuencias de confiar en los sostenedores de la autoridad (ya sean aristócratas, burgueses o proletarios; monárquicos o republicanos; capitalistas, comunistas, demócratas o dictadores), en lugar de confiar en uno mismo y en la pasión por la libertad que nos mueve.
Esta es la historia de la democracia. Historia que no ha traído más que desgracias y penurias bajo los ropajes de una supuesta libertad y bienestar.
Uno de los casos más recientes y cercanos: el del reino de España:... "libertad, libertad, sin ira libertad..." se cantaba al final de una dictadura impuesta en el 36´ por la Iglesia y la Banca y apoyada (aunque fuera por omisión) por el resto de potencias demócratas, cuyo final se produjo porque el dictador se murió de viejecito en su camita. Liberales, cristianos, comunistas, derechistas, demócratas,etc...Todos nos trajeron un pacto social, idílico según el rey; una Democracia Parlamentaria fascistizante (no mucho peor que otras, pero sí más grotesca y menos fashion, un producto netamente ibérico), que nos ha conducido al mismo punto que cuando llegó por primera vez a tierras ibéricas la democracia liberal; con la única diferencia: las ansias de resistencia y libertad brillan por su ausencia y en su lugar se implanta la tibia protesta ciudadana que exige que el Estado se comporte bien, para poder consumir sin freno y tener más "libertades"¿A alguien le quedan dudas, de que el Estado en general y la democracia en particular no son la solución, si no parte del problema?

Resumen elaborado a partir del libro "*Contra la Democracia*"

Autoría colectiva



Falacias de la democracia

La palabra "democracia" y, por ende, el mismo concepto que ella designa, tienen su origen en Grecia. Parece, pues, lícito, y aun necesario, recurrir a la antigua lengua y cultura de la Hélade cuando se intenta comprender el sentido de dicha palabra, tan llevada y traída en nuestro tiempo.

Para los griegos, "democracia" significaba "gobierno del pueblo", y eso quería decir simplemente "gobierno del pueblo", no de sus "representantes". En su forma más pura y significativa, llevada a la práctica en la Atenas de Pericles, implicaba que todas las decisiones eran tomadas por la Asamblea Popular, sin otra intermediación más que la nacida de la elocuencia de los oradores. El pueblo, reunido en la Ekklesía, nombraba jueces y generales, recaudadores y administradores, financistas y sacerdotes. Todo mandatario era un mandadero. Se trataba de una democracia directa, de un gobierno de todo el pueblo. Pero ¿qué quería decir aquí "pueblo" (demos)? Quería decir "el conjunto de todos los ciudadanos". De ese conjunto quedaban excluidos no sólo los esclavos sino también las mujeres y los habitantes extranjeros (metecos). Tal limitación reducía de hecho el conjunto denominado "pueblo" a una minoría.

La democracia directa de los griegos, que en lo referente a su principio y su forma general, aparece como cercana a un sistema de gobierno ideal, se ve así desfigurada y negada en la práctica por las instituciones sociales y los prejuicios que consagran la desigualdad (esclavitud, familia patriarcal, xenofobia).

Por otra parte, a esta limitación intrínseca se suma en Atenas otra, que proviene de la política exterior de la ciudad. En su momento de mayor florecimiento democrático desarrolla ésta una política de dominio político y económico en todo el ámbito del Mediterráneo. Somete directa o indirectamente a muchos pueblos y ciudades y llega a constituir un imperio marítimo y mercantil.

Ahora bien, esta política exterior contradice también la democracia directa. Una ciudad no puede gozar de un régimen tal en su interior e imponer su prepotencia tiránica hacia afuera. El imperialismo, en todas sus formas, es incompatible con una auténtica democracia. Los atenienses no dejaron de cobrar conciencia de ello y Tucídedes reporta los esfuerzos que hicieron por conciliar ambos extremos inconciliables. Cleón acaba por expresar su convicción de que "la democracia es incapaz de imperio".

La democracia moderna, instaurada en Europa y América a partir de la Revolución Francesa, a diferencia de la originaria democracia griega, es siempre indirecta y representativa. El hecho de que los Estados modernos sean mucho más grandes que los Estados-ciudades antiguos hace imposible -se dice- un gobierno directo del pueblo. Este debe ejercer su soberanía a través de sus representantes. No puede gobernar sino por medio de aquellos a quienes elige y en quienes delega su poder.

Pero en esta misma formulación está ya implícita una falacia. El hecho de que la democracia directa no sea posible en un Estado grande no significa que ella deba de ser desechada: puede significar simplemente que el Estado debe ser reducido hasta dejar de serlo y convertirse en una comuna o federación de comunas. Entre los filósofos de la Ilustración, teóricos de la democracia moderna, Rousseau y Helvetius vieron muy bien la necesidad de que los Estados fueran lo más pequeños posible para que pudiera funcionar en ellos la democracia.

Pero ya en esa misma época comienza algunos autores a oponer "democracia" y "república", lo cual quiere decir, "democracia directa" y "democracia representativa". Los autores de The Federalist y muchos de los padres de la Constitución norteamericana, como Hamilton, se pronuncian, sin dudarlo mucho, por la segunda, entendida como "delegación del gobierno en un pequeño número de ciudadanos elegidos por el resto". No podemos dejar de advertir que aquí el pueblo es simplemente un "resto".

Con Stuart Mill, sin embargo, este "resto" se define como la totalidad de los seres humanos, sin distingos de rango social o de fortuna. *"There ought to be no pariahs in a fullgrown and civilized nation, except through their own default"*. [1]

Sólo los niños, los débiles mentales y criminales quedan excluídos.

Pero esta idea del sufragio universal tropieza enseguida con una grave dificultad. El ejercicio de la libertad política y del derecho a elegir resulta imposible sin la igualdad económica. La gran falacia de nuestra democracia consiste en ignorarlo. Esto no lo ignoraban los miembros del Congreso constituye de Filadelfia que proponían el voto calificado y querían que sólo pudieran elegir y ser elegidos los propietarios. Hamilton afamaba: *"A power over a man's subsistence amounts to a power over his will"*. [2]

El mismo Kant hacía notar agudamente que el sufragio presupone la independencia económica del votante y dividía a todos los ciudadanos en "activos" y "pasivos", según dependieran o no de otros en su subsistencia. Pero lo que de aquí se debe inferir no es la necesidad de establecer el voto calificado o el voto plural, como pretenden algunos conservadores, sino, por el contrario, la necesidad de acabar con las desigualdades económicas, si se pretende tener una auténtica

1 "No debe haber parias en una nación desarrollada y civilizada, excepto por propia incapacidad". (N. de Cravan Editores)
2 "El poder sobre los medios de subsistencia de un hombre aumenta el poder sobre su voluntad". (N. de Cravan Editores)





democracia.

Ya antes de Marx, los así llamados "socialistas utópicos", como Saint-Simon, veían claramente que no puede haber verdadera democracia política sin democracia económica y social. ¿Quién puede creer que la voluntad del pobre está representada en la misma medida que la del rico? ¿Quién puede suponer que la preferencia política del obrero o del marginal tiene el mismo peso que del gran comerciante o la del banquero? Aunque según la ley todos los votos sean equivalentes y todos los ciudadanos, tanto el que busca su comida en los basurales como el que se recrea con las exquisiteces de lo resturantes de lujo, tengan el mismo derecho a postularse para la presidencia de la república, nadie puede dejar de ver que esto no es sino una ficción llena de insoportable sarcasmo. Y no es sólo la desigualdad económica en sí misma la que torna írrita la pretensión de igualdad política en la democracia representativa y el sufragio universal. Lo mismo sucede con la desigualdad cultural que, en gran medida, deriva de la económica. Una auténtica democracia supone iguales oportunidades educativas para todos; supone, por una parte, que todos los ciudadanos tengan acceso a todas las ramas y todos los niveles de la educación, y, por otra, que toda formación profesional y toda especialización deban ser precedidas por una cultura universal y humanística. Pero en nuestras modernas democracias y, particularmente, en la norteamericana arquetípica, la educación resulta cada día más costosa y más inaccesible a la mayoría, mientras la ultra-especialización alienante se impone cada vez más sobre la formación humanística y sobre lo que Stuart Mill llamaba "school of public spirit".

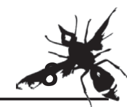
Por otra parte, hoy no se trata sólo de las desiguales oportunidades de educación que en un pasado bastante reciente oponían la masa de los ingnorates a la élite de los hombre cultos. La inmensa mayoría de los gobernantes es lamentablemente inculta, incapaz de pensar con lógica y de concebir ideas propias. Bien se puede hablar en nuestros días de la recua gubernamental.

Y no podemos entra en el terreno de la cultura moral. Si la democracia se basa; como dice Montesquieu, en la virtud, y medimos la virtud de una sociedad por la de sus "representantes", es obvio que nuestra democracia representativa carece de base y puede hundirse en cualquier momento.

De todas maneras, estos hechos indudables (sobre todo en América Latina) nos fuerzan a replantear uno de los más profundos problemas de toda democracia representativa: el del criterio de elegibilidad. Si el conjunto de los ciudadanos de un Estado debe escoger de su seno a un pequeño grupo de hombres que lo represente y delegar permanentemente todo su poder en ese grupo, será necesario que cuente con un criterio para tal elección. ¿Por qué designar a fulano y no a mengano? ¿Por qué a X antes que a Z? Se trata de aplicar el principio de razón suficientes. Ahora bien, a este principio parece responder, desde los inicios de la democracia moderna en el siglo XVIII, la norma de la elegibilidad de los más justos y los más ilustrados. Se supone que ellos son los mas aptos para administrar, legislar y gobernar en nombre de todos y en beneficio de todos. Se supone asimismo que la masa de los ciudadanos ha recibido la educación intelectual y moral requerida para discernir quiénes son los más justos y los más ilustrados. Todo esto es, sin duda, demasiado suponer. Pero, aún sin entrar a discutir tales suposiciones, lo indiscutible es que, en el actual sistema de democracia representativa, la propaganda y los medios de comunicación, puestos al servicio del gobierno y de los partidos políticos, de los intereses de los grandes grupos económicos y, en general, de la sobrevivencia y la consolidación del sistema, manipulan y deforman de tal manera las mentes de los electores que éstos, en su inmensa mayoría, resultan incapaces de formarse un juicio independiente y de hacer una elección de acuerdo con la propia conciencia. En algunos casos extremos, cuando la democracia representativa 'entra en crisis, debidoa un general e inocultable deterioro de los valores que supuestamente la fundamentan la mayoría abjura del sistema y reniega de los partidos, pero aún así se muestra incapaz de asumir el poder que le corresponde y de autogestionar la cosa pública. El condicionamiento pavloviano es tan potente que, después de cada explosión popular, se da siempre una reordenación de los factores de poder y, cuando eso no se logra satisfactoriamente, se produce una explosión militar. Pero el sistema sobrevive y el capitalismo de la "libre empresa" y la "libre competencia" campea por sus fueros sin que lo adversae siquiera el viejo capitalismo de Estado (alias "comunismo"). Aquí está la clave del entusiasmo del Pentágono y de la CIA, de la Casa Blanca y del FMI por la "democracia representativa" en América Latina y en el mundo.

Es evidente, pues, que el criterio de elegibilidad no es el de "moral y luces" sino el de "acatamiento y adaptabilidad" (al status quo). Para que los más justos y los más sabios fueran elegidos sería preciso, entre otras cosas, que se eligiera a quienes *no quieren* ser elegidos.

La gran ventaja que la democracia representativa tiene, a los ojos de los poderosos del mundo, consiste en que



con ella el pueblo cree elegir a quienes quiere, pero elige a quienes le dicen que debe querer. El sistema cuida de que todo pluralismo no represente sino variantes de un único modelo aceptable. Las leyes se ocupan de fijar los límites de la disidencia y no permiten que ésta atente seriamente contra el poder económico y el privilegio social. Se trata de cambiar periódicamente de gobernantes para que nunca cambie el Gobierno; de que varíen los poderes para que permanezca el Poder. Esto siempre fue así, pero se ha tornado mucho más claro para los latinoamericanos desde el fin de la Guerra Fría, con el nuevo orden mundial de Reagan y Bush. Por otra parte, la democracia representativa implica en sus propio concepto una grave falacia. ¿Cómo se puede decir que el diputado o el presidente que yo elijo representa mi voluntad, cuando dura en su cargo cuatro o cinco años y mi voluntad varía, sin duda alguna, de año en año, de mes en mes, de hora en hora, de minuto a minuto? Afirmar tal cosa equivale a congelar el libre albedrío de cada ciudadano en un instante inmutable y negar al hombre su condición de ser pensante por un cuatrienio o un quinquenio. No hay falacia más ridícula que la del mandatario que afirma que la mayoría lo apoya porque hace cuatro años lo votó. Pero, aún si nos situáramos en los supuestos de la representatividad, deberíamos preguntarnos: Cuando yo elijo a un diputado, ¿éste es un simple emisario de mi voluntad, un mandadero, un portavoz de mis ideas y decisiones, o lo elijo porque confío absolutamente en él, a fin de que él haga lo que crea conveniente?.

El sistema cuida de que todo pluralismo no represente sino variantes de un único modelo aceptable. Las leyes se ocupan de fijar los límites de la disidencia y no permiten que ésta atente seriamente contra el poder económico y el privilegio social.

En el primer caso, no delego mi voluntad sino que escojo simplemente un vehículo para darla a conocer a los demás. Si esta concepción se lleva a sus últimas consecuencias, la democracia representativa se convierte en democracia directa. En el segundo caso, no sólo delego mi voluntad, sino que también abjuro de ella, mediante un acto de fe en la persona de quien elijo. Si esta concepción se lleva a sus últimas consecuencias la democracia representativa desemboca en gobierno aristocrático u oligárquico.

En el primer caso, el representante es un simple mensajero, en nada superior, sino más bien inferior, a quien lo envía. En el segundo, no se ve por qué el representante debe ser elegido por el voto popular, ya que por sus propios méritos puede confiscar definitivamente la voluntad de los demás. Más valdría entonces aceptar la teoría conservadora de Burke acerca de la representación *virtual*, según la cual inclusive quienes no votan están representados en el gobierno cuando realmente desean el bien del Estado. La democracia representativa se enfrenta así a este dilema: o los gobernantes representan real y verdaderamente la voluntad de los electores, y entonces la democracia representativa se transforma en democracia directa, o los gobernantes no representan en sentido propio tal voluntad, y entonces la democracia deja de serlo para convertirse en aristocracia.

Stuart Mill, que era un liberal sincero, no gustaba de la aristocracia, pero tampoco se atrevía a postular una democracia directa y, por eso, proponía un camino intermedio. Para él, los gobernantes elegidos por el pueblo deben gozar de cierta iniciativa personal al margen de la voluntad de sus electores y, aún cuando siempre han de considerarse responsables ante éstos, no deben ser sometidos a plebiscitos o juiciospopulares. El filósofo inglés llega hasta donde puede llegar un liberal que no osa ser libertario. Como los autores de *The Federalist*, que se decían "republicanos" y no "demócratas", considera necesario el liderazgo de los hombres justos e ilustrados para el desarrollo político del pueblo, cuyo buen sentido ha de ser iluminado por la sabiduría de aquéllos. Tal concesión a la aristocracia del saber suscita, sin embargo, algunas objeciones. Un diputado puede saber de finanzas, o de educación, o de agricultura, o de política internacional, o de salud pública, pero no puede saber de todas esas cuestiones al mismo tiempo. Sin embargo, en los debates parlamentarios puede opinar y debe votar sobre todas ellas. Es obvio que opinará y votará sobre lo que no sabe. Opinará y votará, pues, con frecuencia, no como hombre ilustrado, sino como ignorante. ¿Cómo puede un ignorante contribuir al desarrollo político del pueblo? Se dirá que puede asesorarse con los expertos o "sabios" que tiene a su disposición. Pero, si se trata de aprender de quienes saben, también pueden hacerlo los electores sin necesidad de delegar su ignorancia en ningún represente.

La democracia representativa se vincula, por lo común, con los partidos políticos y no funciona sino a través de ellos. Es dudoso, sin embargo, que se trate de una vinculación necesaria y esencial ya que bien se puede concebir una representación estrictamente grupal o personal. Nada impide imaginar que los partidos sean remplazados por grupos de electores formados "ad hoc" o que el electorado vote sólo por personas con nombres y apellidos cuyos programas de gobierno hayan sido dados a conocer previamente. Es una falacia más, por consiguiente, aunque no de las más graves, afirmar que no puede existir democracia indirecta sin partidos políticos.

El papel desempeñado por éstos origina, de hecho, algunas de las mas serias contradicciones que dicha democracia implica. Los partidos representan intereses de clases o de grupos y se fundan en una ideología. Ellos proponen al electorado las candidaturas y establecen las listas de los elegibles. Ahora bien, es muy posible que un ciudadano no se indentifique con ninguna de las clases o grupos representados por los partidos existentes y que no comparta ninguna de sus ideo logías. ¿Tendrá que votar por alguien que no expresa de ninguna manera sus intereses y su modo de pensar? Le queda el recurso -se dirá- de fundar un nuevo partido. Pero es obvio que éste es un recurso puramente teoríco, ya que en la práctica la función de un partido político (y sobre todo de uno que tenga alguna probabilidad de acceder al gobierno) resulta nula no sólo para los ciudadanos individuales sino también para casi todos los grupos formados en torno a una idea nueva y contraria a los intereses dominantes.

En general, el elector elige a ciegas, vota por hom-



bres que no conoce, cuya actitud y cuyo modo de pensar ignora y cuya honestidad no puede comprobar. Vota haciendo un acto de fe en su partido (o, por mejor decir, en la dirigencia de su partido), con la fe del carbonero, confiando en el azar y en la suerte y no en convicciones racionales. Pero, si esto es así, ¿no sería preferible reintroducir la ticocracia y, en lugar de realizar costosas campañas electorales, sortear los cargos públicos como los premios de la lotería? Este procedimiento no deja de tener un fundamento racional, si se supone que todos los hombres son iguales e igualmente aptos para gobernar.

No deja de ser escandalosamente contradictorio que partidos políticos cuya proclamada razón de existir es la defensa de la democracia en el Estado sean en su organización interna rígidamente verticalistas y oligárquícos. Ello obliga a pensar que la escogencia de los candidatos difícilmente tiene algo que ver con la honestidad, con el saber o siquiera con la fidelidad a ciertos principios.

En nuestros días parece advertirse en los partidos políticos un proceso de desideologización. En realidad no se trata de eso sino, más bien, de una creciente uniformación ideológica en la cual el pragmatismo y la tecnocracia encubren una vergonzante capitulación ante los postulados del capitalismo salvaje. Hoy, menos que nunca, optar por un partido significa defender una idea o un programa, frente a otra idea y otro programa. El nuevo orden mundial, cuya bandera es gris, impone la mediocridad como sustituto de la libertad y de la justicia.

Uno de los más ilustres ideólogos de la democracia, Jefferson, el cual sabía bien que el mejor gobierno es el que menos gobierna, confiaba en que el gobierno del pueblo por medio de sus represente aboliría los privilegios de clase sin suprimir las ventajas de un liderazgo sabio y honesto. Al cabo de dos siglos, la historia nos demuestra que tal esperanza no se ha realizado.

Sólo la democracia directa y autogestionaria puede abolir los privilegios de clase y, sin admitir ningún liderazgo, reconocer los auténticos valores del saber y de la moralidad en quienes verdaderamente los poseen.

Ángel Cappelletti

¿Qué es el Estado? Reflexiones sobre la violencia política

El Estado detenta el monopolio del poder político y en consecuencia pretende el monopolio de la violencia, la definición de legalidad y la administración de la justicia. Cualquier desafío a ese monopolio de la violencia se considera como delincuencia, y atenta contra las leyes y el orden capitalista.

Podemos encontrar mil definiciones distintas del Estado. Pero básicamente se reducen a dos. Una, amplia, que habla impropiamente del Estado ya en las primeras civilizaciones de Mesopotamia y Egipto, y después de Grecia y Roma, que no vamos a utilizar, y que es inadecuada para estudiar la actual sociedad capitalista en la que vivimos. Se trata de una definición que, en todo caso, necesita calificar al Estado con el modo de producción imperante: Estado esclavista, Estado feudal, Estado capitalista. Otra, reducida, en la que se utiliza el concepto actual del Estado, o Estado capitalista, o Estado moderno, como poder soberano absoluto o único en cada país, que es la que aquí utilizaremos.

El Estado es una forma histórica reciente de organización política de la sociedad, surgida hace unos quinientos años, en algunos países, con el fin del feudalismo, el auge del mercantilismo y las primeras manifestaciones del sistema de producción capitalista. La aparición del Estado suponía la desaparición de las formas feudales de organización política.

El concepto de Estado surge con la aparición histórica del sistema de producción capitalista. Es la organización política adecuada al capitalismo. La proyección de este concepto a las antiguas civilizaciones es una anacronismo infértil y confuso.

En la sociedad feudal la soberanía era entendida como una relación jerárquica entre una pluralidad de poderes. El poder del Rey se fundamentaba en la fidelidad de otros poderes señoriales y los poderes del Rey eran venales, esto, es, podían venderse o cederse a la nobleza: la administración de la justicia, el reclutamiento del ejército, la recaudación de los impuestos, los obispados, etcétera, podían ser vendidos al mejor postor o adjudicados en una compleja red de favores y privilegios. La soberanía residía en una pluralidad de poderes, que podían subordinarse o competir entre sí.



El Estado, en la sociedad capitalista, convierte la soberanía en un monopolio: el Estado es el único poder político de un determinado territorio. El Estado detenta el monopolio del poder político, y en consecuencia pretende el monopolio de la violencia, la definición de legalidad y la administración de la justicia. Cualquier desafío a ese monopolio de la violencia se considera como delincuencia, y atenta contra las leyes y el orden capitalistas, y por lo tanto es perseguido, castigado y aniquilado.
En la sociedad feudal las relaciones sociales estaban basadas en la dependencia personal y el privilegio. En la sociedad capitalista las relaciones sociales sólo pueden darse entre individuos jurídicamente libres e iguales. Esta libertad e igualdad jurídicas (que no de propiedad) son indispensables para la formación y existencia de un proletariado que provea de mano de obra barata a los nuevos empresarios fabriles. El obrero ha de ser libre, también libre de toda propiedad, para poder estar disponible y preparado para alquilarse por un salario al amo de la fábrica. Ha de ser libre y carecer de toda dependencia de la tierra que labraba, y de todo sustento o propiedad, para ser expulsado por el hambre, la pauperización y la miseria hacia las nuevas concentraciones industriales donde pueda vender la única mercancía que posee: sus brazos, esto es, su fuerza de trabajo.

A estas nuevas relaciones sociales, propias del capitalismo, les corresponde una nueva organización política, distinta de la feudal: un Estado que monopoliza todas las relaciones políticas. En el capitalismo todos los individuos son libres e iguales (jurídicamente) y nadie guarda ninguna dependencia política respecto al antiguo señor feudal o al nuevo amo de la fábrica. Todas las relaciones políticas son monopolizadas por el Estado.

En los modos de producción precapitalistas las relaciones de producción eran también relaciones de dominación. El esclavo era propiedad de su amo, el siervo estaba ligado a la tierra que trabajaba o dependía de un señor. Esa dependencia ha desaparecido en el capitalismo. El Estado es pues producto de las relaciones de producción capitalistas. El Estado es la forma de organización específica del poder político en las sociedades capitalistas. Existe una separación radical entre la esfera económica, la social y la política.

El Estado monopoliza el poder, la violencia y las relaciones políticas entre los individuos en las sociedades en las que el modo de producción capitalista es el dominante. A diferencia de los que sucedía con las instituciones políticas precapitalistas, el Estado NO ES UNA RELACIÓN DE PRODUCCIÓN. En el sistema de producción capitalista el capital no es sólo el dinero, o las fábricas, o las maquinarias, el capital es también una relación social de producción, y precisamente la que se da entre los proletarios, vendedores de su fuerza de trabajo por un salario, y los capitalistas, compradores de la mercancía "fuerza de trabajo". El Estado debe garantizar el mantenimiento y reproducción de las condiciones que posibilitan la existencia de esas relaciones sociales de producción, esto es, la compra-venta de la mercancía fuerza de trabajo.

El Estado ha surgido recientemente, hace unos quinientos años, y desaparecerá con las relaciones de producción capitalistas. El Estado pues no es eterno, ha tenido un origen muy reciente y tendrá un fin, más o menos cercano.

La teoría política del Estado nació en la Inglaterra del siglo XVII, paralelamente a ese proceso histórico conocido como la Revolución Industrial, con Hobbes. Hobbes no es sólo el primer teórico, desde el punto de vista cronológico, sino que toda la problemática actual sobre el Estado está ya en Hobbes (y en Locke).





Subscribe for the
INDUSTRIAL WORKER
Foremost Exponent of Revolutionary
Industrial Unionism
Published in the English Language
One Dollar per Year
Three Months 25c
P. O. Box 2129 Spokane, Washington

CAPITALISM

WE RULE YOU
NOSOTROS TE GOBERNAMOS

WE FOOL YOU
NOSOTROS TE ENGAÑAMOS

WE SHOOT AT YOU
NOSOTROS TE DISPARAMOS

NOSOTR@S COMEMOS POR TI
WE EAT FOR YOU

NOSOTR@S TRABAJAMOS PARA TOD@S
WE WORK FOR ALL

NOSOTR@S ALIMENTAMOS A TOD@S
WE FEED ALL

PYRAMID OF CAPITALIST SYSTEM

"Cuando somos causa del poder de otro, lo somos también de nuestra propia ruina"

Maquiavelo



Desde Platón hasta Maquiavelo la teoría política preestatal caracteriza el poder político y la comunidad como algo NATURAL, e identifica comunidad civil y comunidad política. Desde Hobbes la teoría política estatal define el Estado como un ente ARTIFICIAL, separa los conceptos de comunidad civil (sociedad civil) y comunidad política (Estado) y plantea la cuestión de la reproducción del poder político.

El Estado surge desde una contradicción, que le da origen y razón de ser, entre la defensa teórica del bien común o general y la defensa práctica del interés de una minoría. La contradicción existente entre la ilusión de defender el interés general y la defensa real de los intereses de clase de la burguesía. La razón de ser del Estado no es otra que garantizar la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas. El Estado, por esta misma razón, es incapaz de superar la contradicción existente entre la defensa del interés general (e histórico) de la sociedad (y de la especie humana), que en teoría afirma defender, y los intereses inmediatos del capital y su reproducción, que en la práctica son su objetivo prioritario y exclusivo. El Estado no puede confesar su incapacidad para enfrentarse a los intereses inmediatos de reproducción del capital, ni su permanente necesidad de impulsar el ciclo de valorización, que supone agotar los recursos naturales, contaminar el planeta hasta niveles suicidas, hipotecar el porvenir de las futuras generaciones y poner en peligro la continuidad de la especie humana.

Sin embargo, el Estado, cosificado en sus instituciones, es la máscara de la sociedad, con apariencia de una fuerza externa movida por una racionalidad superior, que encarna un orden justo al que sirve como árbitro neutral. Esta fetichización del Estado PERMITE que las relaciones sociales de producción capitalistas aparezcancomo meras relaciones económicas, no coactivas, al mismo tiempo que DESAPARECE el carácter opresivo de las instituciones estatales. En el mercado, trabajador y empresario aparecen como individuos libres, que realizan un intercambio "puramente" económico: el trabajador vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario. En ese intercambio libre, "sólo" económico, ha desaparecido toda coacción, y el Estado no ha intervenido para nada: no está, ha desaparecido.

La escisión entre lo público y lo privado es una condición necesaria de las relaciones de producción capitalistas, porque sólo así APARECEN como acuerdos libres entre individuos jurídicamente libres e iguales, en las que la violencia, monopolizada por el Estado, ha desaparecido de escena. De todo esto resulta una CONTRADICCIÓN entre el Estado COMO FETICHE, que debe ocultar su monopolio de la violencia, y la coacción permanentemente ejercida sobre el proletariado para garantizar las relaciones de producción capitalistas, esto es, de mantenimiento de las condiciones de explotación del proletariado por el capital; y el Estado COMO ORGANIZADOR DEL CONSENSO social y de la legalidad, que convoca elecciones libres, permite partidos y asociaciones obreras, legisla conquistas laborales como la asistencia sanitaria, pensiones, horarios, etcétera.

En caso de crisis el Estado capitalista desvela inmediatamente que es antes Estado capitalista que Estado nacional, de pueblos o ciudadanos. El componente coactivo del Estado, ligado a la dominación de clase, es la ESENCIA FUNDAMENTAL de éste, que aparece diáfana cuando consenso social y legitimación estatal son sacrificados en el altar de la sumisión del proletariado a la explotación del capital.

El Estado surge de esa relación contradictoria. Pretende a ocultar su papel represor, como garante de la dominación de clase mediante el monopolio de la violencia, al tiempo que quiere aparecer como organizador del consenso de la sociedad civil, que a su vez legitima al Estado como árbitro neutral. Con esto el Estado fortalece además su dominio ideológico y consigue un dominio más completo y encubierto de la sociedad civil. El Estado, por supuesto, criminaliza toda violencia política (revolucionaria o no) que escape a su monopolio.

El Estado es la ORGANIZACIÓN del dominio político, de la coacción permanente y de la explotación económica del proletariado por el capital.

Las instituciones fundamentales del Estado son el ejército permanente y la burocracia. Las tareas del ejército son la defensa de las fronteras territoriales frente a otros Estados, las conquistas imperialistas, para ampliar los mercados y acaparar materias primas, y sobre todo la garantía última del orden establecido frente a la subversión obrera y las insurrecciones proletarias. Las tareas de la burocracia son la administración de todas aquellas funciones que la burguesía delega en el Estado: educación, policía, salud pública, prisiones, correo, ferrocarriles, carreteras... El funcionario del Estado, desde el maestro de escuela al catedrático, del policía al ministro, del cartero al médico desempeñan funciones necesarias para la buena marcha de los negocios de la burguesía, mientras no sean un buen negocio para ésta, en cuyo caso se privatizan.

El Estado es la ORGANIZACIÓN del dominio político, de la coacción permanente y de la explotación económica del proletariado por el capital.

El Estado no es pues una máquina o instrumento que pueda utilizarse en un doble sentido: ayer para explotar al proletariado, mañana para emancipar al proletariado y oprimir a la burguesía. No es una máquina que pueda conquistarse, ni que pueda manejarse al antojo del maquinista de turno. El proletariado no puede conquistar el Estado, porque es la ORGANIZACIÓN política del capital: ha de destruirlo. Si un partido fortalece o reconstruye el Estado, o se limita a conquistar el Estado, no estamos ante una revolución proletaria, sino ante otra forma de capitalismo. El ejemplo histórico más destacado fue el capitalismo de Estado de la extinta Unión Soviética. El Estado no puede ser ABOLIDO de la noche a la mañana por un decreto "revolucionario", o por un acuerdo social de la mayoría de la sociedad, porque es la organización política del capital y sus relaciones sociales de producción: hay que DESTRUIR esas relaciones sociales de producción y su organización política: el Estado. El Estado no puede ser parcialmente sustituido y parcialmente utilizado (como un semi-Estado obrero) por el proletariado contra el capital, en una fase de transición entre el capitalismo y el comunismo, espe-



rando que se EXTINGA como una llama sin oxígeno, porque el Estado es la organización política del capital y garantiza las relaciones sociales de producción capitalistas. No existe una semiorganización del capital ni una semigarantía de las relaciones sociales de producción, y ya hemos dicho que la máquina Estado no puede utilizarse, ni semi-utilizarse en un doble sentido, ahora para explotar o semi-explotar al proletariado, mañana para emanciparlo o semi-emanciparlo.

El Estado es la organización política total y totalitaria del capital (y de su permanente reproducción) para explotar al proletariado. El proletariado no puede usar, ni semiusar para extinguir; ni abolir, ya sea por decreto, acuerdo mutuo, o votación, el Estado: sólo puede destruirlo.

El proletariado ha de destruir el Estado porque éste es la organización política de la explotación económica del trabajo asalariado. La destrucción del Estado es el inicio de una revolución proletaria.

¿Qué sustituye al Estado? La administración de las cosas y de las prioridades de la sociedad en el comunismo. Pero la revolución proletaria no es una cuestión de partidos o de organización. No son las organizaciones quienes hacen la revolución, sino que es la revolución quien crea las formas de organización de clase apropiadas. Lo que determina la posibilidad del comunismo es un alto desarrollo de las fuerzas productivas y la extensión de la condición de proletario. Los problemas organizativos no pueden plantearse al margen de quien los organiza y de los problemas que se plantean en cada momento. No hay reglas, ni fórmulas mágicas, ni garantías contra la burocratización y la contrarrevolución. Los burócratas suelen ser expertos en organización, en beneficio propio, al margen del interés general de la sociedad. La experiencia histórica del proletariado señala los soviets rusos de 1905 y 1917, los rater alemanes de1918-1920 y los comités españoles de 1936, esto es, la organización del proletariado en consejos obreros como la forma organizativa revolucionaria de la clase obrera.

[El Estado es la organización política total y totalitaria del capital (y de su permanente reproducción) para explotar al proletariado. El proletariado no puede usar, ni semiusar para extinguir; ni abolir, ya sea por decreto, acuerdo mutuo, o votación, el Estado: sólo puede destruirlo.]

Estamos pues hablando no de tal o cual forma organizativa de comité o de consejo, sino de la organización consejista de la sociedad. Los consejos no representan a los obreros, SON EL PROLETARIADO ORGANIZADO. Es un órgano de clase y de lucha. No es un órgano político, y por lo tanto no es democrático ni dictatorial, está más allá de la política, y evita la separación entre lo público y lo privado característica del capitalismo.

Soviets, raters y comités fracasaron en el pasado, pero han existido, demostrando la capacidad del proletariado para dirigir y gestionar fábricas, ciudades y países; señalando también sus límites, SUS ERRORES y sus limitaciones. Han surgido siempre que el proletariado revolucionario se ha alzado contra la barbarie capitalista. Han sido la respuesta obrera al vacío dejado por la burguesía, más que resultado de la radicalización del combate.

La ideología consejista contempla los consejos como meta y no sólo como un momento de la transición al comunismo. Los consejistas sustituyen el concepto “partido” de los leninistas por el concepto “consejo”. Ambas ideologías son estériles, porque de acuerdo con el viejo y contundente grito de la Asociación Internacional de los Trabajadores: la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores, o no será. Los consejos, o las organizaciones que en cada momento cree el proletariado, serán sólo lo que consigan hacer en el combate por destruir el Estado y alcanzar el comunismo.



Estamos hablando de la constitución del proletariado en clase, y por lo tanto, en organismo revolucionario autónomo, independiente de la burguesía y opuesto al partido contrarrevolucionario del capital, que orienta todos sus esfuerzos hacia la total y definitiva destrucción del Estado, esto es, a la destrucción de la organización política del capitalismo, sustituida por una nueva organización política de la sociedad comunista, que conduce a la extinción de todas las clases sociales.

Agustín Guillamón



Bakunin, elecciones y democracia

El siguiente texto es un resumen elaborado a partir del compilado de escritos de Mijaíl Bakunin en base al capitulo llamado "Crítica de la sociedad existente" correspondiente al Tomo I de Escritos de filosofía política (compilado de Maximoff). Se ha rescatado aquellas partes donde Bakunin se refiere a la Democracia y las elecciones. Los títulos en negrita son del compilador (Maxinoff) y naturalmente, el desarrollo del texto es obra de Mijaíl Bakunin.

Mientras el pueblo alimente, mantenga y enriquezca a los grupos privilegiados de la población mediante su trabajo, incapaz de auto-gobierno por verse forzado a trabajar para otros y no para sí, estará invariablemente regido y dominado por las clases explotadoras. Esto no puede remediarlo ni siquiera la constitución más democrática, porque el hecho económico es más fuerte que los derechos políticos, que sólo pueden tener significado y realidad mientras reposen sobre él. La igualdad de derechos políticos o Estado democrático constituye la más flagrante contradicción terminológica. El Estado o derecho político denota fuerza, autoridad, predominio; supone de hecho la desigualdad. Donde todos gobiernan, ya no hay gobernados, y ya no hay Estado. Donde todos disfrutan del mismo modo de los mismos derechos humanos, todo derecho político pierde su razón de ser. El derecho político implica privilegio, y donde todos tienen los mismos privilegios, allí se desvanece el privilegio, y junto a él el derecho político. Por consiguiente, los términos «Estado democrático» e «igualdad de derechos políticos» implican nada menos que la destrucción del Estado y la abolición de todo derecho político.
El término «democracia» se refiere al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, y la palabra pueblo se refiere a toda la masa de ciudadanos -actualmente es preciso añadir: y de ciudadanas- que forman una nación.
En este sentido, nosotros sin duda somos todos demócratas.
La democracia como «Gobierno del Pueblo» es un concepto equívoco. Pero al mismo tiempo hemos de reconocer que el término democracia no basta para una definición exacta, y que si se le considera aislado, como acontece con el término libertad, sólo puede prestarse a interpretaciones equívocas. ¿No hemos visto llamarse demócratas a los plantadores y propietarios de esclavos del Sur, y a todos sus partidarios en el Norte de los Estados Unidos? Y el cesarismo moderno, que pesa como una terrible amenaza sobre toda la humanidad europea, ¿no se llama también a sí mismo democrático? E incluso el imperialismo moscovita y de San Petersburgo, este «Estado puro y simple», ideal de todos los poderes centralizados, militares y burocráticos, ¿no aplastó recientemente a Polonia en nombre de la democracia?

Explotación y gobierno

La explotación y el gobierno son dos expresiones inseparables de lo que se denomina política; la primera suministra los medios para llevar adelante el proceso de gobernar y constituye también la base necesaria y la meta de todo gobierno, que a su vez garantiza y legaliza el poder de explotar. Desde el comienzo de la historia, ambos han constituido la vida real de todos los Estados teocráticos, monárquicos, aristocráticos, e incluso democráticos. Antes de la Gran Revolución, hacia finales del siglo XVIII, el vínculo íntimo entre explotación y gobierno estaba oculto por ficciones religiosas, nobiliarias y caballerescas; pero desde que la mano brutal de la burguesía ha desgarrado esos velos bastante transparentes, desde que el torbellino revolucionario desperdigó las vanas fantasías tras de las cuales la Iglesia, el Estado, la teocracia, la monarquía y la aristocracia mantenían serenamente durante tanto tiempo sus abominaciones históricas; desde que la burguesía, cansada de estar en el yunque, se convirtió en el martillo e inauguró el Estado moderno, este vínculo inevitable se ha revelado como verdad desnuda e indiscutible.

Capitalismo y democracia representativa

La producción capitalista moderna y la especulación bancaria exigen para su pleno desarrollo un gran aparato estatal centralizado, pues sólo él es capaz de someter a su explotación a los millones de asalariados.
Mientras el sufragio universal se ejerza en una sociedad donde el pueblo, la masa de trabajadores, está ECONÓMICAMENTE dominada por una minoría que controla de modo exclusivo la propiedad y el capital del país, por libre e independiente que pueda ser el pueblo en otros aspectos o parezca serlo desde el punto de vista político, esas elecciones realizadas bajo condiciones de sufragio universal sólo pueden ser ilusorias y antidemocráticas en sus resultados, que invariablemente se revelarán absolutamente opuestos a las necesidades, a los instintos y a la verdadera voluntad de la población.
Bajo el capitalismo, la burguesía está mejor equipada que los trabajadores para hacer uso de la democracia parlamentaria. Es cierto que la burguesía sabe mejor que el proletariado lo que quiere y lo que debe querer. Esto es verdad por dos razones: primero, porque es más culta, porque tiene más ocio y muchos más medios de todo tipo para conocer a las personas a las que elige; y segundo, y esta es la razón principal, porque el propósito que persigue no es nuevo ni inmensamente vasto en sus fines, como acontece con el del proletariado. Al contrario, es un propósito conocido y completamente determinado por la historia y por todas las condiciones de la situación actual de la burguesía; no es más que la preservación de su dominio político y económico. Esto se plantea de modo tan claro que resulta bastante fácil adivinar y saber cuál entre los candidatos solicitantes de los votos electorales burgueses es capaz de servir bien a sus intereses. En consecuencia es seguro, o casi seguro, que la burguesía estará siempre representada de acuerdo con sus deseos más íntimos.
A mi juicio está claro que el sufragio universal constituye la manifestación más amplia, y al mismo tiempo más refinada, de la charlatanería política estatal; es sin duda alguna un instrumento peligroso, que exige de quienes lo utilizan una gran habilidad y competencia, pero que al mismo tiempo, si esas personas aprenden a utilizarlo, puede convertirse en el medio más seguro para hacer que las masas cooperen a la construcción de su propia cárcel. Napoleón III construyó su poder enteramente sobre el sufragio universal, que nunca traicionó su confianza. Y Bismarck hizo de él la base de su Imperio Látigo-Germánico.



El SISTEMA REPRESENTATIVO SE BASA SOBRE UNA FICCIÓN

La discrepancia básica

La falsedad del sistema representativo descansa sobre la ficción de que el poder ejecutivo y la cámara legislativa surgidos de elecciones populares deben representar la voluntad del pueblo, o al menos de que pueden hacerlo. El pueblo quiere instintiva y necesariamente dos cosas: la mayor prosperidad material posible dadas las circunstancias, y la mayor libertad para sus vidas, libertad de movimiento y libertad de acción. Es decir, quiere una organización mejor de sus intereses económicos y la ausencia completa de todo poder, de toda organización política, pues toda organización política desemboca inevitablemente en la negación de la libertad del pueblo. Tal es la esencia de todos los instintos populares.
¿Cómo puede el pueblo -aplastado por su trabajo e ignorando la mayoría de las cuestiones en curso- controlar los actos políticos de sus representantes?
¿No es evidente que el control ejercido en apariencia por los electores sobre sus representantes es, en realidad, una pura ficción? Puesto que el control popular en el sistema representativo constituye la única garantía de libertad popular, es obvio que esta libertad misma no es sino pura ficción.

Abismo entre quienes gobiernan y quienes son gobernados

Pero las finalidades instintivas de quienes gobiernan -de quienes elaboran las leyes del país y ejercitan el poder ejecutivo- se oponen diametralmente a las aspiraciones populares instintivas debido a la posición excepcional de los gobernantes. Sean cuales fueren sus sentimientos e intenciones democráticas, sólo pueden considerar esta sociedad como un maestro de escuela considera a sus alumnos, dada la elevada posición en la cual se encuentran. Y no puede haber igualdad entre el maestro de escuela y los alumnos. Por una parte está el sentimiento de superioridad inspirado necesariamente por una posición superior; por otra está el sentimiento de inferioridad inducido por la actitud de superioridad del profesor que ejerce el poder ejecutivo o legislativo. Quien dice poder político dice siempre dominación. Y donde existe la dominación, una parte más o menos considerable del pueblo está condenada a ser dominada por otros. Por lo mismo, es bastante natural que quienes estén dominados detesten a los dominadores, y que los dominadores deban reprimir y en consecuencia oprimir necesariamente a quienes les están sometidos.

La posesión del poder induce a un cambio de perspectiva

Tal ha sido la eterna historia del poder político desde el momento mismo de establecerse en este mundo. Esto explica también por qué y cómo hombres demócratas y rebeldes de la variedad más roja mientras formaban parte de la masa del pueblo gobernado, se hicieron extremadamente conservadores cuando llegaron al poder. Por lo general, estos retrocesos suelen atribuirse a la traición. Pero es una idea errónea; en su caso, la causa dominante es el cambio de posición y perspectiva.
Puesto que el Estado político no tiene otra misión que la de proteger la explotación del trabajo popular por parte de las clases económicamente privilegiadas, el poder de los Estados sólo puede ser compatible con la libertad exclusiva de las clases a las que representa, y por esta misma razón está destinado a oponerse a la libertad del pueblo. Quien dice Estado dice dominación, y toda dominación supone la existencia de masas dominadas. Por consiguiente, el Estado no puede tener confianza en la acción espontánea y en el movimiento libre de las masas, cuyos intereses más queridos militan contra su existencia. Es su enemigo natural, su invariable opresor, y aunque tiene buen cuidado de no confesarlo abiertamente, tiende a actuar siempre en esta dirección.

Desde el punto de vista radical, hay poca diferencia entre la monarquía y la democracia

Ignoran que el despotismo no reside tanto en la forma del Estado o del poder como en el principio mismo del Estado y del poder político; ignoran que, en consecuencia, el Estado republicano tiende por su misma esencia a ser tan despótico como el Estado gobernado por un emperador o un rey. Sólo hay una diferencia real entre ambos. Uno y otro tienen por base y meta esencial la esclavización económica de las masas para beneficio de las clases poseedoras. Difieren, en cambio, en que para conseguir esta meta el poder monárquico -que en nuestros días tiende inevitablemente a transformarse en una dictadura militar- priva de libertad a todas las clases, e incluso a aquélla a la que protege en detrimento del pueblo... Se ve forzado a servir los intereses de la burguesía, pero lo hace sin permitir a esa clase interferir de modo serio en el gobierno de los problemas del país...

Por sí misma, la república no presenta solución para los problemas sociales

Es evidente que la democracia sin libertad no puede servirnos como bandera. Pero ¿qué es esta democracia basada sobre la libertad más que una república? La unión de la libertad con el privilegio crea un régimen de monarquía constitucional, pero su unión con la democracia sólo puede realizarse en una república... Todos somos republicanos en el sentido de que, llevados por las consecuencias de una lógica inexorable, advertidos de antemano por las ásperas pero, al mismo tiempo, saludables lecciones de la historia, por todas las experiencias del pasado y, sobre todo, por los acontecimientos que han proyectado sus tinieblas sobre Europa desde 1848, como también por los peligros que nos amenazan hoy, hemos llegado todos igualmente a esta convicción: que las instituciones monárquicas son incompatibles con el reino de la paz, la justicia y la libertad.
Detestamos la monarquía con todo nuestro corazón; nada mejor podemos pedir que su derrocamiento en toda Europa y en todo el mundo, pues estamos convencidos, como vosotros, de que su abolición es la condición indispensable para la emancipación de la humanidad. Desde este punto de vista somos francamente republicanos. Pero para emancipar al pueblo y darle justicia y paz, no creemos que sea suficiente derrocar a la monarquía. Estamos firmemente convencidos de lo contrario, es decir, de que una gran república militar, burocrática y políticamente centralizada puede convertirse, y necesariamente se convertirá, en un poder conquistador respecto de otros poderes y opresivo para con su propia población, y de que se demostrará incapaz de asegurar a sus súbditos -aunque se llamen ciudadanos- el bienestar y la libertad. ¿No



hemos visto a la gran nación francesa constituirse por dos veces como república democrática, y perder por dos veces la libertad, viéndose arrastrada a guerras de conquista?

La justicia social es incompatible con la existencia del Estado

El Estado implica violencia, opresión, explotación e injusticia erigidas en sistema y transformadas en fundamento de la sociedad. El Estado nunca tuvo y nunca tendrá moralidad alguna. Su moralidad y su única justicia es el supremo interés de la auto-preservación y el poder omnímodo, interés ante el cual toda la humanidad debe arrodillarse en adoración. El Estado es la completa negación de la humanidad, una negación doble: lo contrario de la libertad y la justicia humana, y una brecha violenta en la solidaridad universal de la raza humana.
Por democrático que pueda ser en su forma, ningún Estado -ni siquiera la república política más roja, que es una república popular en el mismo sentido que la falsedad definida como representación popular- puede proporcionar al pueblo lo que necesita, es decir, la libre organización de sus propios intereses de abajo arriba, sin interferencia, tutela o violencia de los estratos superiores. Porque todo Estado, hasta el más republicano y democrático -incluyendo el Estado supuestamente popular concebido por el señor Marx- es esencialmente una máquina para gobernar a las masas desde arriba, a través de una minoría inteligente y por tanto privilegiada, que supuestamente conoce los verdaderos intereses del pueblo mejor que el propio pueblo.
De este modo, incapaces de satisfacer las exigencias del pueblo o de suprimir la pasión popular, las clases poseedoras y gobernantes sólo tienen un medio a su disposición: la violencia estatal, en una palabra, el Estado, porque el Estado implica violencia, un gobierno basado sobre una violencia disfrazada o, en caso necesario, abierta y sin ceremonias.
El Estado, cualquier Estado -aunque esté vestido del modo más liberal y democrático- se basa forzosamente sobre la dominación y la violencia, es decir, sobre un despotismo que no por ser oculto resulta menos peligroso.
El Estado mundial, tantas veces intentado, siempre ha acabado siendo un fracaso. Por consiguiente, mientras un Estado exista habrá otros varios, y puesto que cada uno tiene como única meta y ley suprema su preservación en detrimento de los demás, se deduce de ello que la existencia misma del Estado implica una guerra perpetua, la negación violenta de la humanidad. Todo Estado debe conquistar o ser conquistado. Todo Estado basa su poder sobre la debilidad de otros poderes, y -si puede hacerlo sin minar su propia posición.... sobre su destrucción.
Desde nuestro punto de vista sería una terrible contradicción y una ridícula ingenuidad declarar el deseo de establecer una justicia internacional, una libertad y una paz perpetuas, y al mismo tiempo querer mantener el Estado. Es imposible hacer que el Estado cambie de naturaleza, porque es Estado únicamente gracias a ella, y abandonándola dejaría de ser un Estado. Por consiguiente, no puede ni podrá haber un Estado bueno, justo y moral.
Todos los Estados son malos en el sentido de que por su naturaleza, es decir, por las condiciones y objetivos de su existencia, representan lo opuesto a la justicia, la libertad y la igualdad humana. En este sentido no hay mucha diferencia, aunque se diga lo contrario, entre el bárbaro imperio ruso y los Estados más civilizados de Europa. La diferencia consiste en que el imperio del zar hace abiertamente lo que los demás hacen de modo subrepticio e hipócrita. Y la actitud franca, despótica y despreciativa del imperio del zar hacia todo lo humano constituye el ideal profundamente escondido hacia el que tienden, y al que admiran profundamente, todos los estadistas europeos. Todos los Estados europeos hacen las mismas cosas que Rusia. Un Estado virtuoso sólo puede ser un Estado impotente, e incluso ese tipo de Estado es criminal en sus pensamientos y aspiraciones.

Es necesaria la creación de una federación universal de productores sobre las ruinas del Estado

Llego así a la conclusión: quien quiera unirse a nosotros en el establecimiento de la libertad, la justicia y la paz, quien desee el triunfo de la libertad, la plena y completa emancipación de las masas populares, debe tender también a la destrucción de todos los Estados y al establecimiento, sobre sus ruinas, de una Federación Universal de Asociaciones Libres de todos los países del mundo.
Una organización federal establecida de abajo a arriba y formada por asociaciones y grupos de trabajadores, por comunas urbanas y rurales, y por regiones y pueblos, es la única condición de una libertad real y no ficticia, aunque representa justamente lo contrario de la producción capitalista y de todo tipo de autonomía económica. Pero la producción capitalista y la especulación bancaria se llevan muy bien con la llamada democracia representativa; porque esta forma moderna del Estado, basada sobre una supuesta voluntad legislativa del pueblo, supuestamente expresada por los representantes populares en asambleas supuestamente populares, unifica en sí las dos condiciones necesarias para la prosperidad de la economía capitalista: centralización estatal y sometimiento efectivo del Soberano -el pueblo- a la minoría que teóricamente le representa, pero que prácticamente le gobierna en lo intelectual e invariablemente le explota.

Resumen elaborado a partir del Capitulo "Critica de la Sociedad existente" del compilado de Maximoff de Escritos de Mijaíl Bakunin.







El mito del sufragio

Hoy día, el gobierno, compuesto de propietarios y de gentes puestas a su servicio, hállase del todo a disposición de los propietarios, hasta el punto de que los más ricos llegan hasta a desdeñar el formar parte de él. Rothschild no tiene necesidad ni de ser diputado ni de ser ministro; le basta simplemente con tener a su disposición a los ministros y a los diputados.

Un gobierno no puede permitir que la sociedad se rija por sí misma, sin intromisión alguna oficial, porque entonces el pueblo advertirá bien pronto que el gobierno no sirve para nada

En multitud de países el proletariado obtiene nominalmente una mayor participación en la elección del gobierno. Es ésta una concesión hecha por la burguesía, sea para obtener el concurso del pueblo en la lucha contra el poder real o aristocrático, sea para apartar al pueblo de la idea de emanciparse concediéndole una apariencia o sombra de soberanía.

Háyalo o no previsto la burguesía, desde que ha concedido al pueblo el derecho de sufragio, lo cierto es que tal derecho ha resultado siempre, en toda ocasión y en todo lugar, ilusorio y bueno tan sólo para consolidar el poder de la burguesía, engañando a la parte más exaltada del proletariado con la esperanza remota de poder escalar las alturas del poder.

Aun con el sufragio universal, y, hasta podríamos decir: sobre todo con el sufragio universal, el gobierno ha continuado siendo el gendarme de la burguesía. Si fuera cosa distinta, si el gobierno adoptase una actitud hostil, si la Democracia pudiera ser otra cosa que un medio de engañar al pueblo, la burguesía, amenazada en sus intereses, se aprestaría a la rebelión sirviéndose de toda la fuerza y toda la influencia que la posesión de la riqueza le proporciona para reducir al gobierno a la función de simple gendarme puesto a su servicio.

En todo lugar y tiempo, sea cualquiera el nombre ostentado por el gobierno, sean cualesquiera su origen y organización, su función esencial vemos que es siempre la de oprimir y explotar a las masas, la de defender a los opresores y a los acaparadores; sus órganos principales, característicos, indispensables, son el gendarme y el recaudador de contribuciones, el soldado y el carcelero, a quienes se unen indefectiblemente el tratante de mentiras, cura o maestro, pagados y protegidos por el gobierno para envilecer las inteligencias y hacerlas dóciles al yugo.

Cierto que a estas funciones primordiales, a estos organismos esenciales del gobierno, aparecen unidos en el curso de la historia otras funciones y otros organismos. Admitimos de buen grado, por tanto, el que nunca o casi nunca ha existido en un país algo civilizado, un gobierno que, además de sus funciones opresoras y expoliadoras, no se haya asignado otras útiles o indispensables a la vida social, pero esto no impide que el gobierno sea, por su propia naturaleza, opresivo y expoliador, que esté forzosamente condenado, por su origen y su posición a defender y confortar a la clase dominante; este hecho confirma no sólo lo que antes hemos dicho, sino que lo agrava más.

En efecto, el gobierno toma sobre sí la tarea de proteger, en mayor o menor grado, la vida de los ciudadanos contra los ataques directos y brutales. Reconoce y legaliza un cierto número de derechos y deberes primordiales y de usos y costumbres, sin los cuales la vida en sociedad resultaría imposible. Organiza y dirige algunos servicios públicos como son los correos, caminos, higiene pública, régimen de las aguas, protección de los montes, etc... Crea orfelinatos y hospitales y se complace en aparecer, y esto se comprende, como el protector y el bienhechor de los pobres y de los débiles. Pero basta con observar cómo y por qué desempeña estas funciones para obtener la prueba experimental, práctica, de que todo lo que el gobierno hace está inspirado siempre en el espíritu de dominación y ordenado para la mejor defensa, engrandecimiento y perpetuación de sus propios privilegios, así como los de la clase por él defendida y representada. Un gobierno no puede existir mucho tiempo sin desfigurar su naturaleza bajo una máscara o pretexto de utilidad general; no hay posibilidad de que haga respetar la vida de los privilegiados sin fingir que trata o procura hacer respetar la de todos; no puede exigir la aceptación de los privilegios de unos pocos sin aparentar que deja a salvo los derechos de todos. «La ley -dice Kropotkin- o sea los que la hacen, el gobierno, ha utilizado los sentimientos sociales del hombre para hacer cumplir, con los preceptos de moral que el hombre aceptaba, órdenes útiles a la minoría de los expoliadores, contra los cuales él se habría, seguramente, rebelado».

Un gobierno no puede pretender que la sociedad se disuelva, porque entonces desaparecería para él y para la clase dominante la materia explotable. Un gobierno no puede permitir que la sociedad se rija por sí misma, sin intromisión alguna oficial, porque entonces el pueblo advertirá bien pronto que el gobierno no sirve para nada, si se exceptúa la defensa de los propietarios que lo esquilman, y se prepararía a desembarazarse de unos y del otro.

Hoy día, ante las reclamaciones insistentes y amenazadoras del proletariado, muestran los gobiernos la tendencia de interponerse en las relaciones entre patronos y obreros. Ensayan desviar de este modo el movimiento obrero e impedir,



por medio de algunas falaces reformas, el que los pobres tomen por su mano todo aquello de lo cual necesiten, es decir, una parte del bienestar general, igual aquella de que los otros disfrutan.

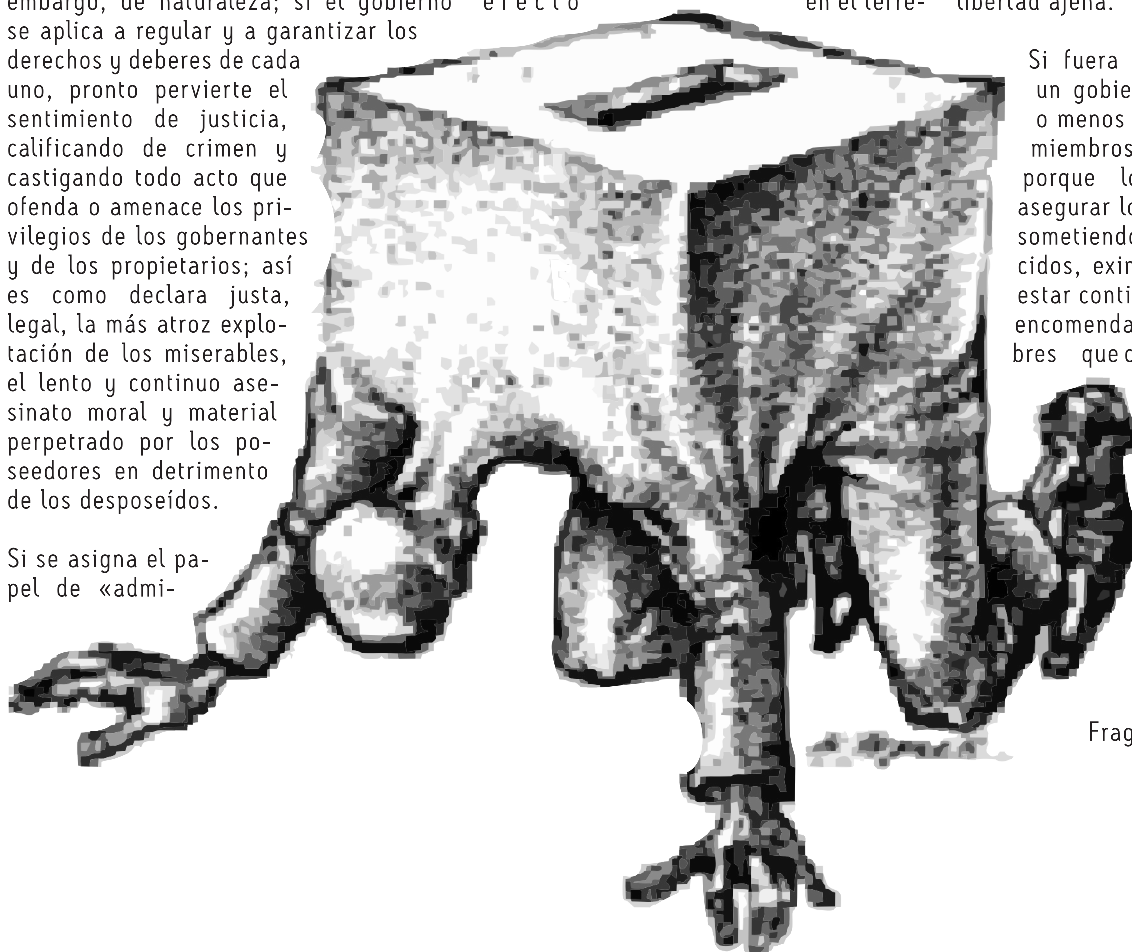
Es necesario, además, no olvidar, por una parte, que los burgueses, los proletarios, están ellos mismos preparados en todo momento para declararse la guerra, para comerse unos a otros, y, por otra parte que el gobierno, aunque hijo, esclavo y protector de la burguesía, tiende, como todo siervo, a emanciparse, y como todo protector, tiende a dominar al protegido. De aquí este juego de componendas, de tira y afloja, de concesiones hoy acordadas y mañana suprimidas, esta busca de aliados entre los conservadores contra el pueblo, y entre el pueblo contra los conservadores, juego que constituye la ciencia de los gobernantes y que es la ilusión de cándidos y holgazanes acostumbrados a esperar el maná que ha de caer de lo alto.

Con todo esto, el gobierno no cambia, sin embargo, de naturaleza; si el gobierno se aplica a regular y a garantizar los derechos y deberes de cada uno, pronto pervierte el sentimiento de justicia, calificando de crimen y castigando todo acto que ofenda o amenace los privilegios de los gobernantes y de los propietarios; así es como declara justa, legal, la más atroz explotación de los miserables, el lento y continuo asesinato moral y material perpetrado por los poseedores en detrimento de los desposeídos.

Si se asigna el papel de «administrador de los servicios públicos», no olvida ni desatiende en ningún caso los intereses de los gobernantes ni de los propietarios, y tan sólo se ocupa de los de la clase trabajadora en tanto que esto puede ser indispensable para obtener como resultado final el que la masa consienta en pagar. Cuando ejerce el papel de maestro impide la propaganda de la verdad y tiende a preparar el espíritu y el corazón de la juventud para que de ella salgan los tiranos implacables o esclavos dóciles, según sea la clase a que pertenezcan. Todo en manos del gobierno se convierte en medio de explotación, todo se reduce a instituciones de policía para tener encadenado al pueblo.Y en verdad que no puede ser de otro modo.

Si la vida humana es lucha entre hombres, tiene que haber naturalmente vencedores y vencidos, y el gobierno que es el premio de la lucha o un medio para asegurar a los vencedores los resultados de la victoria y perpetuarlos –no estará jamás, esto es evidente, en manos de los vencidos, bien que la lucha haya tenido efecto en el terreno de la fuerza física o intelectual, bien que se haya realizado en el terreno económico. Los que han luchado para vencer, para asegurarse mejores condiciones, para conquistar privilegios,mando o poder, una vez obtenido el triunfo, no habrán de servirse de él, ciertamente, para defender los derechos de los vencidos, sí para poner trabas y limitaciones a su propia voluntad y a la de sus amigos y partidarios.

El gobierno, o como se llama, el Estado justiciero, moderador de las luchas sociales, administrador imparcial de los intereses públicos, es una mentira, una ilusión, una utopía jamás realizada y jamás realizable.Si los intereses de los hombres debieran ser contrarios unos a otros, si la lucha entre los hombres fuese una ley necesaria de las sociedades humanas, si la libertad de unos hubiera de constituir un límite a la libertad de los otros, entonces, cada uno trataría siempre de hacer triunfar sus propios intereses sobre los de los demás; cada uno procuraría aumentar su libertad en perjuicio de la libertad ajena.



Si fuera cierto que debe existir un gobierno, no porque sea más o menos útil a la totalidad de los miembros de una sociedad, sino porque los vencedores quieren asegurar los frutos de la victoria sometiendo fuertemente a los vencidos, eximiéndose de la carga de estar continuamente a la defensiva, encomendando su defensa a hombres que de ello hagan su profesión habitual, entonces la humanidad estaría destinada a perecer o a debatirse eternamente entre la tiranía de los vencedores y la rebelión de los vencidos

Errico Malatesta

Fragmento extraído del Libro *"La Anarquía"*



Necesitamos al Estado

Necesitamos al estado, no hagas caso a todos los artículos de esta publicación ni a los discursos que venimos diciendo y que dicen los anti-sistema desde hace ya muchos años.
Indiscutiblemente necesitamos al estado, somos una sociedad incapaz de vivir sin él, si no existiera todo esto sería un caos, cada cual haría lo que le diera la gana y habría mucho sufrimiento, todos desearíamos quitar al de al lado para ponernos nosotros, querríamos dejar al resto del mundo sin recursos para acumular riqueza, pero solo para nosotros ya que no sería ético compartir nuestro bienes adquiridos con los nuestros sin que ellos y ellas hicieran un esfuerzo para conseguir dichos recursos y poder, ya sabes quien quiera algo que haga algo por merecerlo.

Sin estado, sin policía, sin jueces … en definitiva sin ley esto sería una jungla. Sin dichos organismos seriamos nosotros y nosotras las que deberíamos plantearnos si queremos trabajar hasta la extenuación por un sueldo que no satisface nuestras necesidades, tendríamos que ser nosotros y nostras las que hiciéramos algo contra la violencia de género más allá de un vídeo (que seguro que es financiado por el estado) o decir que denuncie a la policía y que todo el peso de la ley recaiga sobre esas personas miserables que abusan de otro ser ya sea una mujer, un niño o un perro degollado.
¿Sin estado a quién responsabilizamos de no tener trabajo?¿Qué haríamos ante una catástrofe sin que nos dieran un número al que mandar mensajes de texto para dotar de comida a los damnificados?
¿Os imagináis que tuviéramos que decidir sobre nuestras vidas y nuestro entorno? ¿Que tuviéramos que hablar entre las personas afectadas por un problema y tuviéramos que desarrollar y llevar a cabo acciones para atajarlo desde la raíz? Ufff sería muy complejo y seguro que no seríamos capaces de llegar a algún acuerdo. Aunque todos estuviéramos en la misma precariedad, seguro que el de al lado nos maneja para sus propios fines. Es mucho mejor que sea la administración la que diagnostique los males de nuestras vidas y los resuelvan ellos. Y bueno, como siempre se dijo “ quien parte reparte y se lleva la mejor parte” pero aun así es mejor que se lo lleve un político que mi vecino.

No sé, llevo días pensando que tener que responsabilizarnos de nuestros actos sería un caos, vuelvo a la violencia de género, ¿os imagináis que en vez de mirar a otro lado y esperar que la ley castigue, las personas afectadas denunciasen y se llevase a plaza pública el problema? ¿Que la persona maltratadora tenga que dar la cara ante la sociedad?, ¿que como represalia ante actitudes tan deplorables dejásemos de consumirle en su negocio hasta si quiebra?¿que no le dirigiésemos la palabra nadie del pueblo y si lo hiciéramos fuera para increparle? ¿Que esa persona durmiera mal, que notase que la sociedad detesta comportamientos como ese? Uff que jaleo.

Los niños y niñas crecerían en un entorno donde aprenderían que la falta de respeto al entorno y a otros seres está mal vista y que si lo hicieran no tendrían con quien jugar a la pelota, ni con quien hablar, que su familia no les riera las gracias… pero bueno no seamos tan crueles matar a una mujer a golpes no merece un castigo tan severo, mejor darle un curso de respeto y como mucho mandarlo a la cárcel, ¿pero que la sociedad le repugne? Joder eso es pasarse, ningún hombre es merecedor de tremenda pena.

Bueno, como empezaba este pensamiento, necesitamos que nos gobiernen, necesitamos un amo bueno que luche por nuestros intereses y nos garantice que somos buenos, en caso contrario tendremos que ocuparnos de la gestión de la polis nosotros mismos y eso nunca puede ser bueno.

No voto y vengo a tocar los cojones, no es que considere que las opciones políticas actuales no me representan sino que me declaro en rebeldía de ser un siervo de un amo bueno y del parlamentarismo.
No voto y me quejo, no voto y me organizo. Denuncio, meto el dedo en la llaga, exijo a los autoproclamados representantes del pueblo que desaparezcan y dejen de jodernos la vida.
Señalo con el dedo a los responsables de esta depauperada situación y llamo a la organización desde las bases para conseguir un nuevo modelo de sociedad basado en el asamblearisno, solidaridad y apoyo mutuo.
Reivindico mi pobreza y mi capacidad de cambio, mi clase explotada y mi distancia con sus élites, condeno este ciclo de consumo que nos convierte en mercancía y para más inri defectuosa.
Yo no voto y no les permito que digan que soy vago, que me quedo en casa, que si no manifiesto mi opinión no tengo derecho a queja.
Me quedo en casa porque me da la gana, porque es el día del Señor y porque me niego a prostituir la democracia alegando que elegir a nuestros señores es celebrar las libertades.
Día a día cambio la sociedad que me rodea, unos días con sonrisas, otros dando charlas o participando en asambleas, otros mostrando mi apoyo a las causas justas y aportando a el común según mis posibilidades.
Haciendo el cambio en el lenguaje, en las emociones, en las relaciones de consumo y trabajo, en la participación, en la gestión de los recursos, en mis relaciones y en mis erecciones.
Yo ruedo el cambio, no permito que denigren a los que luchan, no permitamos que nos condenen a la pasividad bajo la esperanza de una mejor gestión en manos de unos pocos y a desarrollar gratitud por aquellos que castran las energías de autoorganozación fagocitándolas mediante nuevas siglas de historias antiguas.



La insumisión electoral

"El sufragio universal, en tanto que elemento activo en una sociedad basada en la desigualdad económica y social, nunca será para el pueblo otra cosa que un señuelo, y que en manos de los demócratas burgueses nunca será nada más que una odiosa mentira, el instrumento más seguro para consolidar con una apariencia de liberalismo y justicia, y en detrimento de los intereses y de la libertad populares, la eterna dominación de las clases explotadoras y propietarias."

1. Bakunin

Si bien estas palabras fueron escritas en 1870, es decir, hace ya siglo y medio, su vigencia no puede ser más absoluta. Lo que era verdad en los albores de la sociedad burguesa, no deja de serlo aun con mayor contundencia en sus postrimerías. Aprovechemos las circunstancias para deshacer un equívoco interesado y precisar que cuando se habla de "democracia", en realidad se trata de parlamentarismo, la forma política mejor adaptada a la prevalencia de los intereses oligárquicos. La multiplicación de elecciones a los distintos parlamentos no ha hecho más que perfeccionar las herramientas mediante las cuales las masas dirigidas cooperan en la construcción de su propia cárcel. Los parlamentos, lejos de representar la voluntad popular, lo que en verdad representan es la legitimación de la corrupción política y del despotismo económico y financiero. La voluntad popular es una pura entelequia, un fantasma incapaz de materializarse en algo distinto a una casta política asociada a intereses privados corporativos.

Las fantasías políticas son un alimento que no engorda. Tanto se podría llamar al parlamentarismo democracia como dictadura pues goza atributos de ambos; lo que sí es cierto es que no se corresponde en absoluto con la voluntad popular. Ésta solamente puede nacer de la libertad, de los espacios de discusión libres, no de los monopolios mediáticos, de la indiferencia, el conformismo o la sumisión. ¿Cómo podría pues reconocerse a un parlamento que no es sino la correa legislativa de la opresión? El mejor de los parlamentos es el que no existe. Por lo tanto, si una verdadera voluntad popular consiguiera expresarse, no podría hacerlo en ellos. Nunca como hoy nos hizo menos falta el parlamento –no hablemos ya de la política- y nunca como hoy dicho parlamento no han tiranizado tanto.



Los parlamentos no son la solución; son el problema. Sólo representan a la minoría dominante. El ritual seudodemocrático que los legitima, las elecciones, es una farsa. Nadie que no se haya resignado a los hechos consumados, a la razón de la fuerza, a la violencia capitalista, podrá reconocerse en ellos: la dignidad, la razón, la justicia se lo impiden. No pueden hacer dejación de su conciencia y de su integridad en favor de la ley, pues ésta no es obra de personas ecuánimes y justas; es mas, si tal hicieran, estarían colaborando con la injusticia y la opresión. El interés real de la sociedad oprimida obliga moralmente a la desobediencia.

Que no se entienda nuestro rechazo del parlamentarismo como un rechazo de la democracia. Lo que abominamos es del Estado y de sus principales tentáculos, no de la democracia antiestatal, horizontal, asamblearia, la que realmente nos protegería. El Estado parlamentario, lejos de protegernos, simplemente nos atemoriza, nos amenaza, nos impone maneras de vivir sumisas. Nos permite existir bajo condiciones enteramente dispuestas por él.

Thoreau, el padre de la desobediencia civil hizo lo último. Es evidente que una ley que reafirme el dominio de la clase dominante es una ley espuria, promulgada en



"Existen leyes injustas: ¿debemos estar contentos de cumplirlas, trabajar para enmendarlas y obedecerlas hasta cuando lo hayamos logrado, o debemos incumplirlas desde el principio?"

2. David Henry Thoreau

comisiones espurias emanadas de parlamentos espurios. Y que debido a su naturaleza profundamente arbitraria y a su carácter discutible y dudoso, violente las conciencias que tratan de regirse por consideraciones éticas, apelando a la libertad y al bien común. La ley ilegítima ha de tropezar primero con el derecho a la defensa de las propias convicciones, y por lo tanto, con el deber de desobedecerlas. Pero las constituciones paridas por los parlamentos no reconocen por razones obvias ni la objeción de conciencia ni la desobediencia. Precisamente su carácter ilegítimo impulsa a los legisladores a defender mediante castigos ejemplares la farsa legal. De otra forma ofrecería facilidades para ser desenmascarados.

Los parlamentos no son la solución; son el problema. Sólo representan a la minoría dominante. El ritual seudodemocrático que los legitima, las elecciones, es una farsa.

La ley electoral no prohíbe la abstención, puesto que ésta no altera los resultados; sin embargo obliga a participar en las mesas electorales a quienes son unilateralmente designados para ello, bajo pena de multas y prisión. No tiene en cuenta el conflicto posible entre la normativa electoral y los principios morales de los individuos. Estamos entonces ante un derecho conculcado por la norma jurídica, el de resistir a los mandatos de la autoridad –siempre usurpadora- que violan las convicciones morales; en resumen, el derecho natural a resistir la tiranía política.

La mayoría no son todos. A pesar de que una gran parte de la población, por inconsciencia, por costumbre, por beneficiarse de ello, o por cualquier otra razón, acepta irresponsablemente la autoridad estatal originada en los parlamentos -autoridad que consolida la desigualdad social y el dominio de una clase enquistada en la política y las finanzas- hay una minoría a la que repugna colaborar con la injusticia, negándose por razones de conciencia a acatar el ordenamiento vigente en materia de elecciones. Siente que como mínimo su derecho al desacuerdo ha estado conculcado y que su opinión no ha sido tenida en cuenta, por lo que recurre a la insumisión, enfrentándose a las leyes que regulan la servidumbre.

La insumisión electoral, más todavía que la abstención, es una forma pacífica de disidencia que se desprende de un no-reconocimiento personal de los partidos, el parlamentarismo y el Estado, entidades en las que el disidente no se siente representado. Es el rechazo concreto de una normativa odiosa e inicua que vulnera las convicciones libertarias del elegido. El insumiso, mediante su negativa a participar en nada que legalice políticamente la dominación, antepone su conciencia al nefasto ordenamiento legislativo, y decide arrostrar las consecuencias de su insumisión antes de dar un sólo paso hacia el atropello y la desigualdad. La insumisión es la cara opuesta a la servidumbre voluntaria típica de las mayorías ovejunas.

La tiranía opresora no duraría un segundo si nadie consintiera en sufrir su yugo. Cesando de aceptar la tiranía, sin ni siquiera necesidad de lucha, todos recobrarían la libertad. Pero revolcándose los individuos en el barro de la sumisión, se complacen en vivir como han nacido, sin exigir otro derecho que el que se les ha otorgado. No obstante, a pesar del empeño que ponen los dirigentes en envilecer a todo el mundo, siempre hay quien no acata de buena gana lo que antaño otros solamente acataron a la fuerza, y trata de recuperar al menos un poco de la libertad que a aquellos les arrebataron. A los insumisos, las palabras de Etienne de La Boëtie en tiempos en que los ejércitos de Henri II sembraban el terror en Francia les han de resultar familiares:

"Resolveos a no ser esclavos y seréis libres. No se necesita para esto pulverizar al ídolo; será suficiente no querer adorarlo; el coloso se desploma y cae a pedazos por su propio peso, ya que la base que lo sostenía llega a faltarle."

Miguel Amorós
4 de junio de 2014.



Por qué practicar la Insumisión Electoral

“La jornada electoral se ha desarrollado con total normalidad [...]
un elector se ha comido la papeleta de voto,
otro al verse entre las paredes de la cabina con un trozo de papel en las manos,
creyó que aquello era un retrete y ha hecho sus necesidades ...”

Italo Calvino

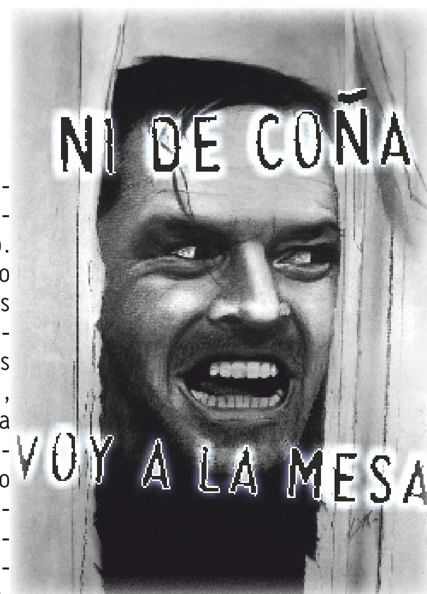
El Estado español obliga bajo pena de prisión de tres meses a un año o multa de seis a veinticuatro meses a que determinadas personas, pertenecientes al censo electoral, organicen las mesas electorales. No obstante, son varias las personas a las que su conciencia les impide participar en un proceso como este. La insumisión electoral es la negativa a cumplir tal imposición. Además, plantea el cuestionamiento a un modelo social injusto, reivindicando la resistencia a cooperar con él.
A sabiendas de que “La ley nunca ha hecho a los hombres más justos” (Thoreau) y de que incluso el cumplimiento de esta -en muchas ocasiones- nos hace responsable de situaciones tiranas, los insumisos deciden hacer desacato a esta norma de “obligado” cumplimiento. Son conscientes de sus decisiones y del castigo que estas suponen, pero la imposibilidad de acatar la ley les es ineludible.

El Estado se presenta como institución imprescindible por

> *Por eso necesitamos de acción directa, de rechazo y de desobediencia, donde marcamos los límites de nuestras conciencias.*

su supuesta capacidad para mantener el orden, legalizando así su autoridad y su violencia. Constituyéndose asimismo, como indispensable en casi todas nuestras relaciones sociales, de tal forma que incluso nos cuesta imaginar el devenir de la vida sin su presencia. Y es el voto, el acto necesario para revestir a la democracia parlamentarista de legitimidad, pero sorprendentemente siquiera vincula al “elegido” a cumplir con lo prometido. Una ficción necesaria para mantener la sensación de que las decisiones están en manos del pueblo. La gran hipocresía de la democracia que vivimos, es precisamente ese condicionamiento a nivel electivo disfrazado de voluntad popular. La realidad es que el Estado sólo puede existir sobre hombres y mujeres despojadas de su libertad y subordinadas al poder, en un entorno en el que la autoridad esté por encima de la razón.

La idea de la abstención activa trata de la búsqueda de alternativas a esa realidad dominante y represiva, de la necesidad de articular espacios fuera de las instituciones y no confiar en éstas como herramienta para el cambio. Nuestro conflicto no es exclusivo con las personas que se erigen en los puestos gubernamentales, es ante todo, con la estructura del Estado en sí mismo, no compartiendo entonces la institucionalización de los movimientos populares. En este camino, exploramos cómo dejar de lado la inmovilidad ante este status quo , lo que requiere de esfuerzo e imaginación.



Por eso necesitamos de acción directa, de rechazo y de desobediencia, donde marcamos los límites de nuestras conciencias. Pero también nos son imprescindibles los espacios de reunión en los que hacer asambleas horizontales y soberanas. Lugares de creación para conocernos y desarrollarnos en libertad, para inventar, sin coerción, sin propiedad...

A finales de año se volverán a reclutar más de 500.000 personas para las elecciones generales. Seguiremos dando pasos para que la insumisión electoral sea conocida como herramienta para todas aquellas personas dispuestas a negarse a esa imposición. Siempre esperando, que duda cabe, que futuras jornadas electorales transcurran con la normalidad más absoluta, para continuar viviendo en esta maravillosa realidad irracional, como bien nos narra Italo Calvino.

Nutria

Para más información:

http://www.grupotortuga.com/Por-que-y-como-hacer-Objecion
https://descensoelectoral.wordpress.com/



"Antes no creía en nada, ahora ni eso".
Chumy Chúmez.

LAS ILUSIONES NECESARIAS

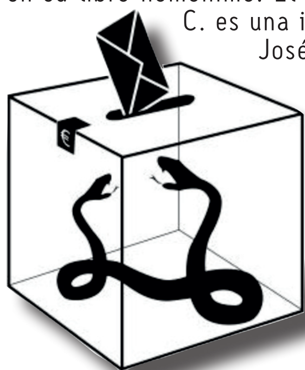
Llega el saturnismo electoral del 20-D. Viene el capitalismo a imponer su libertad a base de eufemismos. Decía Orwell que "toda perversión comienza por el lenguaje"; "a las cosas por su nombre" decían Habeas Corpus. Ya los romanos llamaban a la democracia: "la dictadura del número", porque las matemáticas tienen su mentira en la estadística que la Ley de Hont termina de falsear. Como vemos, la cosa tiene un rodaje. El Imperio ya daba "pan y circo" cuando se les torcía la papeleta. Para saber cómo hemos transigido está el libro "Soberanos e intervenidos" (Ed. Siglo XXI) de Joan Garcés, de quien podemos ver la entrevista "Otra vuelta de tuerka" por Youtube.

Al igual que Obama limpia la cara de EE.UU, Bergoglio lo hace con La Iglesia. El Sistema nos regala "Ilusiones necesarias" que dice Noam Chomsky en su libro homónimo. El propio Noam C. es una ilusión, como José Mujica, que tan bien le ha venido a Repsol y a "La Sexta" completando el círculo del paraíso fiscal.
"Podemos" ha venido a ilusionar a los niños. Barak O. se hizo presidente con el "Yes we can" que asumió Pablo Iglesias desde la cola del paro de la Facultad de Políticas. Con un "Sí se puede" ramplón ha hecho estalinismo de fichaje y vedettismo televisivo. Luego se ha puesto estrecho y no ha querido cargar con "la mochila" de IU, porque ellos son de "crowfunding", olvidando que existe la economía de la generosidad y la ideología de domingo acaba en el corralito de Tsipras y un Sirio en casa por navidad.

Hemos nacido y aquí estamos. Vale. Ahora se trata de gestionar el margen, y hay que empezar por escuchar a Reincidentes ("vota a nadie"), leer a Saramago ("Ensayo sobre la lucidez"), y acabar admitiendo que a la guerra civil le sucede una paz militar y a ésta, un estado policial (como decía Bergamín a Malraux cuando le preguntaba: "¿Quién tiene los tanques?"). Y nos hacemos con los tanques, vale, pero llegamos a "El viento que agita la cebada" de Ken Loach para darnos cuenta que la lucha esteriliza y además causa mucha sangre para que al final USA ponga oficina en La Habana. Luego llega Otegi para hacer "la palabra contraria" que tampoco dejan y chupa cárcel en plan Erri de Luca. Lo de "Alfon", Molero o Nuria son más gotas de un mismo vaso.

Al final, la ideología necesita financiación porque hay que vacunar al perro con las semillas Bayer, regresando a la atávica contradicción del existir. Vivimos un límite con metástasis. Yo lo sufro 40 horas a la semana, pero en la esquina de mi soledad (donde vive tanta gente), sabemos que la democracia son los padres y a veces pienso que "me sé todos los cuentos" como decía León Felipe. Y hasta he vuelto a leer a Calderón.

Jonás Sánchez



OTRA VEZ

"Todo lo que puede ser dicho acerca del sufragio puede ser resumido en una frase: votar significa entregar tu propio poder"

Elisée Reclus

Otra vez vamos a pasar por este mal trago de las elecciones... otra vez vamos a escuchar a la mayoría de la gente hablar sobre a quién van a votar, otra vez el mundo va a girar en torno a esos pocos partidos políticos y a esos pocos candidatos, otra vez vamos a tener que defendernos del ataque de los izquierdistas acusándonos de no votar, otra vez se nos va a reconcomer el alma al darnos cuenta que todo sigue igual y seguirá, otra vez veremos cómo las grandes empresas del marketing hacen campaña según los intereses del momento, otra vez viviremos la victoria de la "Democracia" y la derrota de la libertad y la justicia social, otra vez sentiremos frustración al contemplar cómo la gente es engañada y ni se dan cuenta, o sí... otra vez se escucharán proclamas en favor de la "Democracia", se rendirán elogios a la Constitución del 78 y se recordará el magnífico Pacto de la Moncloa......

Otra vez tendremos que repetir y bien alto que la "Democracia" es otro tipo de dictadura, que todo es un gran circo con el cual tener a la población dormida y entretenida para que no cojan las riendas de su propia vida, otra vez volveremos a decir que crean vías de escape para que, en caso de que seas algo de izquierdas, te lo creas y elijas la vía parlamentaria para intentar cambiar las cosas, otra vez explicaremos que da igual quien gane, que el mundo está gobernado por intereses económicos y que si algún partido político quiere cambiar minimamente algo (no se si existe alguno) no le van a dejar porque el sistema ya esta muy bien estructurado para proteger los intereses de los que mandan, otra vez repetiremos que van a seguir en activo los mercenarios de las FSE (Fuerzas de Seguridad del Estado) y por lo cual continuará la violencia hacia la población, otra vez destaparemos que el sistema injusto en el que vivimos (al que llaman Democracia) es la continuación del franquismo puro y duro con un buen lavado de cara, otra vez nos tocará intentar hacerles comprender que gane quien gane los ricos seguirán siéndolo y los pobres serán cada vez más pobres...... Otra vez ....nos cagaremos en Dios!!!

Totó


Yo creo que ya está...
Sí, ya está democratizado
ATENEO LIBERTARIO
HERVÁS
APOYO MUTUO - SOLIDARIDAD - AMOR - AUTOGESTIÓN - ECOLOGISMO - LIBERACIÓN - CULTURA - ANARQUISMO -